1898. TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA REDISTRIBUCIÓN COLONIAL*

*José Ma. Jover Zamora***

1. El 98 español y los otros ‘noventa y ochos’

El año 1898 figura en nuestra historia contemporánea como una de esas pocas fechas, apenas tres o cuatro, plenas de significación. La búsqueda de una historia de tres dimensiones, justamente desconfiada ante las viejas interpretaciones monolineales que tanta importancia concedían a determinados eventos políticos clavados en el tiempo, ha relativizado el valor de muchas fechas, presentándolas como mero testimonio superficial de cambios estructurales más profundos, más extensos en el tiempo. No es éste el caso del 98. Podrá relativizarse el alcance del 98 como movilizador de una crítica –‘literatura del Desastre’– que, en realidad, estaba ya en marcha desde comienzos de la década con la obra de Lucas Mallada; e incluso todavía habría que rastrear su doble raíz en la recepción de un positivismo que entre nosotros va a tener un alcance principalmente crítico desde mediados de la década de los setenta, y en la conformación de una mentalidad y de una ideología ‘regenera-

* La presente edición y notas fueron realizadas por Raúl Figueroa Esquer, (RFE), sobre la base de la primera edición: 1979, Fundación Universitaria Española. El autor no sólo estuvo de acuerdo en esta nueva edición sino que mostró su entusiasmo de que “uno de sus artículos más queridos” fuese conocido por el público latinoamericano.

** Historiador español y miembro de la Real Academia de la Historia.

cionistas' que dan fe de vida en la España de los años ochenta. Podrá cuestionarse, como de hecho se ha llevado a cabo, el valor real del 98 como catalizador de una generación acogida a su denominación, pero que, desde luego, dista de comparecer en nuestra historia cultural con caracteres homogéneos referibles a los acontecimientos de aquel año. Podría explicarse la crisis del sistema político de la Restauración haciendo abstracción de la derrota y de la liquidación del imperio ultramarino. Pero siempre permanecerá evidente el hecho de que, en 1898, la posición internacional de España, la misma estructura territorial del Estado español, experimenta una radical mudanza, análoga –aunque no equivalente– a la que trajeron consigo los años de Utrecht y de Ayacucho.

El estudioso de la política internacional de España en el siglo XIX sabe bien la medida en que ésta última viene condicionada por la misma estructura territorial, anómala y difícil, de la monarquía española. Una metrópoli peninsular, y un conjunto de archipiélagos dispersos por todo el mundo: las Baleares y las Canarias; las plazas de soberanía en el Norte de África, destinadas a funcionar como islas adosadas al continente africano; las islas del golfo de Guinea; Cuba y Puerto Rico en las Antillas; el inmenso archipiélago de las Filipinas; los tres archipiélagos –Carolinas, Marianas, Palao– del Océano Pacífico... Un conjunto para cuya defensa hubiera sido necesario un poderío económico, un poderío naval y una política de alianzas de que España careció durante todo el siglo XIX; un conjunto cuya defensa había de resultar literalmente imposible tras los cambios que en la política mundial traen consigo los años setenta y ochenta de la pasada centuria, con el despegue de las grandes potencias imperialistas, con el desarrollo de la competencia entre las viejas y las nuevas potencias industriales, con la lucha feroz por los mercados y por el dominio de las rutas, con la aparición de un nuevo derecho internacional imbuido de darwinismo político, con la frenética carrera hacia un reparto del mundo en beneficio de las grandes potencias del momento: Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos en primer plano; Francia y Rusia en un plano en cierto modo secundario, en virtud de su menos avanzado nivel de industrialización.

Después del 98, cambian la estructura territorial y la posición internacional de España. Dejando a un lado sus poco relevantes posesiones en el golfo de Guinea, la zona de intereses españoles pasa a circunscribirse a la región del Estrecho de Gibraltar considerada en sus límites más amplios, desde las Baleares a las Canarias. Quedan en ella las plazas de soberanía en África del Norte, y queda también la expectativa de una participación en el reparto de Marruecos, expectativa convertida en realidad cuando, en abril de 1904, Francia y Gran Bretaña sienten los pilares definitivos, por medio de su *entente cordiale*, para un reparto del África mediterránea entre británicos, franceses, italianos y españoles. La historia se apresurará a demostrar que, en la política internacional de los albores del siglo XX, la posición de España, incluso en esta área tenida por doméstica, distaba de ser segura o exenta de pesadas servidumbres. La importancia estratégica de la región, especialmente para los intereses franceses y británicos por razones obvias, condiciona férreamente una política exterior que habrá de moverse en la órbita de la *Entente* y que como tal quedará definida en los Acuerdos de Cartagena (1907), menos de una década después de Cavite.¹ Por lo demás, son sobradamente conocidas tanto la pesada carga que el gobierno y el pueblo españoles asumieron con la ocupación de la zona de protectorado atribuida a España en Marruecos, como la decisiva influencia que los problemas africanos estaban llamados a ejercer en la historia española durante los rudos años que median entre la ocupación y el abandono del Norte marroquí.

Dos etapas bien definidas, bien diferenciadas, en la historia internacional de España: antes y después del 98. No sin fundamento, pues, se ha visto en este año un momento decisivo en el hacerse de la España contemporánea. Ahora bien, si nos acercamos a la imagen que este año ha proyectado sobre nuestra historiografía, advertiremos su polarización exclusiva sobre tres protagonistas: España, Cuba, los Estados Unidos. En efecto, tanto para la historiografía clásica española relativa

¹ El autor se refiere a la destrucción de la armada española por la estadounidense en el puerto de Cavite en Filipinas el 1º de mayo de 1898, (RFE).

al período, como para la conciencia histórica de nuestro pueblo, 1898 es sencillamente el año resolutorio de la ‘guerra de Cuba’, merced a una ‘intervención de los Estados Unidos’ que conduce a una fulminante confrontación hispano-norteamericana seguida de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. A este esquema se circunscribe, por ejemplo, la exposición hecha por Jerónimo Bécker en el tomo III de su *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, por más que no deje de ponderar escrupulosamente la actitud que cada una de las potencias europeas asume, a través de sus cancillerías y de sus órganos de opinión respectivos, ante el conflicto armado entre España y los Estados Unidos. La dudosa neutralidad británica, la amistosa actitud de Austria-Hungría y de Rusia, la actitud del imperio alemán, amistosa y realista a un tiempo, las esperanzas puestas en una Francia que acabará interponiendo sus buenos oficios tras la derrota española, se manifiestan así como posturas individualizadas frente a un binomio referencial: los Estados Unidos y España.²

10 | Que la atención a la guerra de Cuba, a la intervención norteamericana y a la actitud de las potencias aisladamente consideradas no agotaba, ni mucho menos la problemática del 98, fue algo que puso lúcidamente de manifiesto Jesús Pabón en un breve estudio sobre *El 98, acontecimiento internacional*, publicado en 1952.³ Los prestigios castizos de nuestro 98, la contemplación de su coyuntura a la luz exclusiva de una historia irremisiblemente ‘diferente’ son cosas que quedan fuera del juego tras este preciso análisis de una situación internacional: la situación internacional en que hubo de integrarse, como un elemento más, la desigual confrontación hispano-norteamericana. A mi entender, desde el punto de vista de una historia de las relaciones internacionales, las dos ideas fundamentales que aporta el ensayo de Pabón son éstas. En primer lugar, la necesidad de ver en la ‘actitud de las potencias’, no un mero conjunto de posiciones autónomas e individualizadas, sino

² Jerónimo Bécker, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX. (Apuntes para una historia diplomática)*, 1924-1926, Madrid, Jaime Ratés, t. 3, 1868-1900.

³ Reeditado posteriormente: Jesús Pabón, *Días de ayer. Historias e historiadores contemporáneos*, 1963, Barcelona, Alpha, p. 139-95.

manifestaciones de un concierto europeo que traba entre sí –ligándolos o contraponiéndolos– los intereses de estas mismas potencias, y que decide, por encima de filias y de fobias nacionales, la actitud a adoptar frente a una España marginada del mismo concierto europeo por razones históricas que aquí no son del caso, y frente a unos Estados Unidos que Gran Bretaña –pieza clave del concierto indicado– no está dispuesta a desafiar. En consecuencia, para explicarse el 98 es preciso partir, no tanto del complejo de relaciones bilaterales mantenidas por el gobierno de Madrid con cada una de las demás potencias, como de la posición ocupada por el contencioso hispano-norteamericano en un contexto internacional presidido por las grandes potencias. En segundo lugar, merece ser destacada, en el análisis de Pabón, la idea de que no es España el único país que padece ‘su’ 98. Pabón enumera, en efecto, un 98 portugués (el Ultimátum británico de 1890), un 98 japonés (la imposición por parte de Rusia, Alemania y Francia, de la renuncia a Liao-Tung, en 1895), un 98 británico (retroceso en Venezuela, frente a la resuelta actitud norteamericana, en 1896), un 98 francés (retroceso de Fashoda, en 1898, frente a la presión británica). Por nuestra cuenta añadiríamos a esta relación de ‘noventa y ochos’ otros dos que no figuran, ciertamente, entre los menos significativos: el 98 italiano determinado por la derrota militar de Adua, en Abisinia (1896), llamada a desencadenar en Italia una oleada de pesimismo y frustración análoga a la producida en Portugal por la crisis del Ultimátum, o en España por la derrota frente a los Estados Unidos. Y ese otro 98 portugués no consumado, vergonzantemente mantenido entre los tules de la diplomacia secreta, que amagó en la convención anglo-alemana de 30 de agosto de 1898, encaminada a un eventual reparto de las colonias portuguesas.

2. El imperialismo ante las fronteras del Reparto

Podemos adoptar como punto de partida esta notable concentración, sobre la década de los noventa, de una serie de eventos de política

internacional que, en términos generales, constituyen otras tantas frustraciones coloniales. Esta pluralidad de ‘noventa y ochos’ –utilizando por última vez la terminología de Pabón– sugiere la presencia de tres condicionamientos en las relaciones internacionales de la mencionada década:

- En primer lugar, la añeja Doctrina Monroe es llevada a sus últimas consecuencias en beneficio de la gran potencia imperialista del hemisferio occidental. Gran Bretaña se ve obligada a admitir la reserva del mundo americano a favor de una hegemonía no compartida: la de Estados Unidos.
- En segundo lugar, la gran marea de la expansión colonialista, que tan formidable avance había dado en la década anterior, parece haber llegado a unas fronteras allende las cuales quedan comunidades autóctonas, no occidentales, que un acuerdo tácito o expreso entre las grandes potencias, o bien consideraciones objetivas de orden económico o militar, mantienen por lo pronto al margen de toda posible ocupación o reparto. China y Abisinia, por ejemplo, quedan, de momento, excluidas del reparto del mundo que las potencias imperialistas están llevando a cabo. Lo mismo cabe decir de la mayor parte del África mediterránea, y en particular de Marruecos.
- En tercer lugar, viejas y nuevas potencias coloniales comienzan a encontrarse por los caminos del mundo; el mundo sometido a las iniciativas coloniales comienza a quedarse pequeño. Portugueses y británicos entran en competencia en el corazón de África del Sur; británicos y franceses se encuentran en Sudán y llegan a la conclusión de que no hay sitio, allí, para ambos; británicos y alemanes piensan, por un momento, en un reparto del imperio colonial portugués que disminuya la tensión entre sus respectivos impulsos expansivos; Gran Bretaña presidirá el reparto, entre norteamericanos y alemanes, de los archipiélagos españoles de Asia oriental y del Pacífico.

En suma: si las potencias de la vieja Europa habían llevado a cabo en la época del capitalismo liberal una serie de expediciones en busca de mercados, de prestigio político o de conquistas territoriales sin encontrar antagonista, porque el mundo era ancho y, gracias al

propio desarrollo técnico, fácilmente dominable; si a partir de los años ochenta este reparto del mundo había sido llevado a cabo sistemáticamente y mediante acuerdos concertados entre las grandes potencias –Conferencia de Berlín, 1884–,⁴ a comienzos de los años noventa la expansión colonialista de anglosajones y germanos, de franceses y de rusos, ha encontrado su frontera. El reparto político de África está consumado, a excepción de Abisinia –problema de difícil solución por sus implicaciones estratégicas– y de los países del África mediterránea (Egipto, Marruecos, Tripolitania y Cirenaica), cuyo *status* definitivo requerirá difíciles negociaciones entre las potencias. El imperio británico asentado sobre ambas orillas del Océano Índico ha alcanzado, también, sus fronteras y sus zonas de fricción con Rusia, con China, con Francia. El reparto de Oceanía es un hecho, a reserva de lo que pueda ocurrir a las débilmente defendidas posesiones españolas. En suma, la expansión imperialista ha llegado a un punto en que no basta ya el envío de unas lanchas cañoneras, el establecimiento de unas guarniciones y la comunicación a las demás potencias de una toma de posesión para ensanchar sus dominios. La frontera deja de ser campo abierto a la iniciativa de los poderosos del mundo, para convertirse, aquí y allí, en un *limes* imposible de traspasar sin previa negociación y transacción con otro poderoso.

Y, sin embargo, las fuerzas que determinaran y alimentaran la expansión mundial de las grandes potencias no sólo seguían vivas, sino que tendían a hacerse más y más poderosas y apremiantes. La concurrencia entre las grandes potencias industriales –Gran Bretaña y Alemania en primerísima línea–, la avidez de mercados reservados en exclusiva conforme va generalizándose la práctica del proteccionismo, el desarrollo de las industrias navales y de armamento, la misma evidencia de que la conquista y ocupación de territorios había dejando de ser materia de iniciativa autónoma para convertirse en materia de una difícil negociación que sólo la fuerza podía respaldar, son otros

⁴ La Conferencia de Berlín realizó el reparto de África entre las principales potencias europeas. Tuvo inicio el 15 de noviembre de 1884 y culminó el 26 de febrero de 1885, (RFE).

tantos condicionamientos de la política colonial de los años noventa, que contribuyen a perfilar la fisonomía internacional de esta década.

En estas condiciones y conclusa en líneas generales la distribución del mundo, sólo había una manera de satisfacer la persistente voracidad de las grandes potencias mundiales: la redistribución. Como es sabido, la historiografía marxista suele ver en la primera guerra mundial (1914-1918) ‘la primera guerra de redivisión del mundo’,⁵ contemplando el logro de la misma, en el sentido apuntado, por medio de la redistribución de las antiguas colonias alemanas entre Gran Bretaña, Francia y Japón, así como de la atribución de extensas porciones del ex imperio turco a la influencia o al dominio de Francia y Gran Bretaña. A mi juicio resulta difícil ver en el planteamiento real, inicial, de la entonces llamada ‘guerra europea’ un designio primario de redistribución colonial, por más que este corolario resultara, *ex post facto*, obvio e inevitable. Es precisamente esta condensación de tensiones coloniales que presenta la última década del siglo XIX lo que puede y debe ser calificado de primer serio intento de redistribución colonial, parcialmente consumado. Con una particularidad: los territorios coloniales que se ponen sobre el tapete de la redistribución no son todavía los poseídos ya por las grandes potencias imperialistas, sino los poseídos por antiguas potencias coloniales que llevarán a cabo su expansión mundial en etapas históricamente anteriores, y que comparecen en la época del imperialismo sin el poderío material –desarrollo económico e industrial, ejércitos y armadas– necesario para mantener su dominio sobre tales áreas en un momento en que son otros los dueños del mundo.

Desde el comienzo de los años setenta –desde la derrota francesa en la guerra franco-prusiana, desde la frustración del Sexenio democrático español–, comienza a estar vigente en los medios intelectuales de Europa una determinada imagen de la historia contemporánea que insiste en el tema de la ‘decadencia de los países latinos’ en beneficio

⁵ Paul M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, 1945, México, FCE, cap. XVII, 5: “Guerras de redivisión”.

de germanos y anglosajones, convertidos en señores de la historia; el nuevo despegue político, industrial, militar e intelectual de Alemania va a prestar considerable apoyo a tales concepciones. Se diría que las crispaciones coloniales de los años noventa vienen a confirmar tales observaciones y vaticinios: el Ultimátum del 90, Adua, Fashoda, Cavite y Santiago... Las fuerzas desatadas del imperialismo vienen a colocar al margen de la historia a la Europa no industrializada suficientemente; es decir, a la vieja Europa latina y meridional. Pero el fenómeno se condensa sobre los dos más débiles y vulnerables países latinos que son, al mismo tiempo, los que continúan manteniendo unos viejos imperios coloniales que no pueden defender. En suma: no debe extrañarnos que el primer intento de redistribución del mundo a que acabo de referirme venga a coincidir con una detención de la expansión colonial de franceses e italianos —Adua, Fashoda— y contemple la posibilidad de repartir dos extensos y ricos imperios coloniales, reliquia de otros tiempos: el portugués y el español.

3. Una nueva teoría y un nuevo derecho para las relaciones internacionales

15

Ya en el Acta general de la Conferencia de Berlín (1885), al sentar las bases jurídicas para el reparto de África central, las potencias habían dejado establecidas unas ‘condiciones esenciales’ para que las nuevas ocupaciones llevadas a cabo sobre las costas del continente africano fueran consideradas como efectivas: la notificación a las restantes potencias para que estas últimas pudieran, eventualmente, plantear sus reclamaciones, y el establecimiento de una autoridad capaz de hacer respetar los derechos adquiridos y de salvaguardar la libertad de comercio y de tránsito (artículos 34 y 35). Semejante compromiso, asumido por todas las potencias de las que podía esperarse una iniciativa o una reivindicación colonialista, venía a significar la prescripción de todos los ‘derechos históricos’ no refrendados por una ocupación efectiva; venía a significar indirectamente, también,

la imposibilidad por parte de cualquier pequeña potencia de llevar a cabo cualquier ocupación o extensión territorial sin una ‘notificación’ que comportaba, de hecho, la solicitud de una conformidad, siquiera fuese tácita, por parte de las grandes potencias que pudieran creerse en el caso de objetar reclamaciones. Tales son las reglas del juego establecidas para la expansión colonial en un momento en que quedaban tierras por repartir, ‘en un espíritu de buen entendimiento mutuo’ y con el triple objetivo de establecer “las condiciones más favorables para el desarrollo del comercio y de la civilización en determinadas regiones de África”, de “prevenir los malentendidos y las disputas que pudieran suscitar en el futuro las nuevas tomas de posesión sobre las costas africanas”, y de “acrecentar el bienestar moral y material de las poblaciones indígenas”. Recordemos que el Acta general de la Conferencia de Berlín, convocada esta última por el gobierno alemán⁶ previo acuerdo con el francés, fue suscrita, en pie de igualdad formal, por las grandes potencias (Alemania, Austria-Hungría, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Rusia) y por otras que, ciertamente, no lo eran en la misma medida: Italia, España, Portugal, Turquía, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suecia-Noruega.

16 Trece años después, lo repartible estaba repartido, por más que quedarán reservas; es decir, países potencialmente colonizables que aguardaban que un acuerdo entre las grandes potencias declarara ‘abierta la cuestión’ de su entrada pasiva en el reparto. Pero lo repartible allí y entonces, de acuerdo con lo previsto en el Acta de Berlín y con el espíritu de la misma, estaba repartido, y no es de extrañar que el imperialismo, en la prosecución de su frenética carrera, experimentara la necesidad de una nueva ideología justificativa, de una ideología capaz de cimentar una nueva concepción del derecho internacional.

No entra en mi designio –ni sería oportuno en la ocasión presente– traer aquí una antología, necesariamente incompleta y fragmentaria, de la literatura imperialista que florece especialmente en Gran Bretaña, en Alemania y en los Estados Unidos durante los tres últimos lustros

⁶ Cuyo canciller era Otto von Bismarck, (RFE).

del siglo XIX. Lo que sí me interesa destacar aquí es que el trasfondo positivista —en las dos acepciones, filosófica y jurídica del vocablo— que manifiestan las estipulaciones del Acta de Berlín va a quedar anegado por la marea de un darwinismo político-internacional que encuentra el sentido de la historia precisamente en una desigualdad de las naciones —unas plenas de poder, de fuerza, de impulso vital; otras mal regidas, débiles y condenadas a morir—; desigualdad resuelta mediante un ineluctable enfrentamiento, que expresa la lucha por la vida. La idea, de filiación spenceriana, no era nueva, y no deja de ser curioso recordar que el mismo Cánovas del Castillo⁷ se atuvo a ella en no escasa medida cuando aludió a la sustitución de los pueblos latinos por los pueblos germánicos en el liderazgo de la historia, en fecha tan temprana como su discurso del Ateneo de Madrid del 26 de noviembre de 1870. Pero en el famoso *Dying Nations Speech*, pronunciado por Salisbury⁸ el 4 de mayo de 1898 y en el que William L. Langer ha visto justamente una clara manifestación de las concepciones darwinistas en el ámbito de la política internacional, lo que encontramos es, en efecto, toda una justificación biológica, científicista, de la redistribución:

Por una u otra razón, por necesidades de la política o so pretexto de filantropía, las naciones vigorosas (*the living nations*) se extenderán gradualmente sobre el territorio de las moribundas (*dying*), y surgirán rápidamente motivos y principios de conflicto entre las naciones civilizadas. Por supuesto, esto no quiere decir que cualquier nación de las vigorosas tenga permitido ejercer el fructífero monopolio de curar o de sajar a esas otras infortunadas pacientes, y habrá que discutir quién tendrá el privilegio de hacerlo y en qué medida [...] Éstos son los peligros que, según yo pienso, nos amenazan en el período que se abre ante nosotros. Una época llamada a poner a contribución nuestra resolución, nuestra tenacidad y nuestros instintos imperiales (*imperial instincts*), y ello en

17

⁷ Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897). Escritor y político conservador español, murió víctima de un atentado anarquista, (RFE).

⁸ Robert Arthur Talbot Gascoyne-Cecil, tercer marqués de Salisbury (1830-1903). Destacado político conservador británico. En tres ocasiones fue primer ministro y cuatro veces ocupó la Secretaría del *Foreign Office*, (RFE).

grado sumo. Indudablemente, nosotros no permitiremos que Gran Bretaña quede en desventaja en cualquier nuevo arreglo (*rearrangement*) que pueda sobrevenir. Pero, por otra parte, no nos sentiremos envidiosos si el engrandecimiento de un rival viene a eliminar la desolación y la esterilidad de regiones a las que no pueden extenderse nuestras armas.⁹

Como se ve, el campo de la biología política y el campo del derecho internacional quedan claramente delimitados. Que las naciones vigorosas se extienden gradualmente sobre el territorio de las decadentes es una realidad inexorable, superior y más fuerte que cualquier atadura jurídica o convencional, previamente existente, que quisiera frenarla, y en presencia de la cual sólo cabe tomar nota para estar preparado. El ámbito de aplicación del derecho internacional comienza allí donde es necesario que las naciones vigorosas, mediante un *rearrangement* se pongan de acuerdo convencionalmente para el reparto del botín. La relación jurídica necesita, por ambas partes, el respaldo de la fuerza; no hay relación jurídica posible entre el fuerte y el débil, porque la inexorable relación entre ambos la decide, a favor del primero, el mismo curso de la historia.

18 El discurso de Lord Salisbury causó una enorme impresión en toda Europa —en especial por sus referencias a la cuestión de China— y, no hay que decirlo, en una España a la sazón en guerra con los Estados Unidos. La precisión del primer ministro británico en el sentido de que “hay naciones moribundas desprovistas de hombres eminentes, de estadistas verdaderos en quienes pueda el pueblo confiar, y que cada vez se acercan más al término de sus tristes destinos, siquiera se agarren con extraña tenacidad a la vida” hubo de resonar, como presagio siniestro entre las páginas de la prensa periódica española; “la mayoría de estas naciones (moribundas) —continúa *El Imparcial* citando a Salisbury— es pagana, pero alguna es cristiana también”.¹⁰ Al

⁹ “The Primrose League. Speech by Lord Salisbury”, *The Times*, Londres, 5 de mayo de 1898, p. 17.

¹⁰ “Las frases de Lord Salisbury”, *El Imparcial*, Madrid, 6 de mayo de 1898; artículo de fondo.

día siguiente del discurso, *La Época* había publicado ya un excelente artículo de fondo, traduciendo a la realidad peninsular el discurso del *premier* británico:

No alude únicamente el primer ministro de la reina Victoria a la China, pues es pagana o budista. Pudiera creerse que puso el pensamiento, al pronunciar aquellas frases, en el Portugal, donde el propio ministro creó la inestabilidad y la vida precaria de los gobiernos con el ultimátum de 1890, y cuyas posesiones coloniales en África y en Asia más de una vez han excitado la codicia de la Gran Bretaña; pero si se recuerda que ha sido el conflicto presente entre España y los Estados Unidos el motivo del discurso de la *Primrose League*, y que no cabe duda en que alude a los últimos [es decir, a los Estados Unidos] al propio tiempo que a Rusia, al hablar de las naciones vivas surcadas de ferrocarriles y codiciosas de ensanches y de expansión, aunque sea hollando la justicia, puede presumirse que el ilustre orador colocaba a nuestra patria entre las potencias débiles destinadas a suministrar materia para el engrandecimiento de las que están mejor dotadas.¹¹

No podía faltar la rectificación de circunstancias que venía obligada, en el primer ministro de una potencia neutral, por la más elemental cortesía diplomática,¹² pero no ya los meses subsiguientes, sino las semanas inmediatas se encargarían de testimoniar el rigor objetivo de la interpretación que el mencionado artículo de fondo de *La Época* había dado al discurso de Lord Salisbury, en relación con su posible aplicación a Portugal y a España. La compleja y dispersa geografía de

19

¹¹ “¿Aviso o consejo?”, *La Época*, Madrid, 5 de mayo de 1898.

¹² Véase, “El discurso de Salisbury y España”, *El Imparcial*, Madrid, 10 de mayo de 1898. “Se tienen noticias autorizadas que permiten asegurar que en el discurso de Lord Salisbury, que tantos comentarios ha suscitado, no hay alusión a España. El ilustre autor del discurso ha creído siempre que España, por su conducta y por los progresos realizados en los últimos veinte años, merece ser considerada entre las naciones vivas. En este mismo sentido, se expresa el *Times* recibido ayer. Más vale así; pero, como dice muy bien *La Época*, en los momentos solemnes en que nos encontramos y a pesar de la resonancia de las palabras del *Premier* de la Gran Bretaña, los actos valen más que los discursos, y con actos quisiéramos ver que se reconocía en el *Foreign Office* la vitalidad, el heroísmo y la abnegación con que defiende nuestra patria la causa de la justicia y del derecho.”

los territorios extrapeninsulares de ambos Estados va a saltar insistentemente, en las semanas y en los meses sucesivos, a las notas y despachos diplomáticos, a las referencias de prensa, a las mesas de negociación. Una inmensa almoneda en que suenan los nombres de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, Angola y Mozambique, Timor, Carolinas, Marianas y Palaos, Fernando Poo y Río de Oro, las Canarias y las Azores, Ceuta, Melilla e incluso las Baleares, queda abierta ante el verano del 98. Circunscribir los acontecimientos internacionales del año fatídico a la guerra con los Estados Unidos y a la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, equivale a renunciar a una comprensión histórica global de la situación en que tales acontecimientos se integran.

4. Ultimátum, reparto, garantía. El modelo portugués

Voy a referirme ante todo a lo que llamo ‘el modelo portugués’, porque en el tratamiento de las perspectivas que ofrece la existencia de un extenso imperio colonial en manos de Portugal, evidente *dying nation*, la política internacional del imperialismo va a perfilar unos esquemas de actuación que, en el fondo, son los mismos que veremos aplicados contemporáneamente a España. Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania van a abordar en 1898 el problema de una vasta redistribución colonial, a expensas de los dos imperios coloniales peninsulares; y ello por medio de unos planteamientos más amplios y complejos que los que suelen aparecer en nuestros manuales universitarios.

Para entender la praxis político-internacional de las grandes potencias imperialistas en el nivel histórico que estamos contemplando, conviene comenzar por hacer referencia a las tres formas diplomáticas propias de la coyuntura; a los tres instrumentos diplomáticos gracias a los cuales se aborda o realiza la redistribución. Me refiero al acuerdo o convenio de reparto suscrito por las potencias beneficiarias del mismo, al ultimátum y al tratado de garantía. Unas breves palabras acerca de la significación de cada uno de los mismos.

Como es sabido, ni el reparto, ni el ultimátum, ni el tratado de garantía son formas diplomáticas que tengan su origen en la década final del ochocientos; lo que sí es nuevo, a la sazón, es la forma de su empleo y quizá la combinación de las tres –cada una en su fase o momento correspondiente– para llegar al efecto perseguido. Ante todo llama la atención el carácter escuetamente bilateral que, por lo general, revisten estos actos diplomáticos. El concierto europeo –con sus congresos y sus sistemas bien trabados de alianzas– ha entrado en crisis en esta era postbismarckiana, y los convenios de reparto no pasan de ser acuerdos relativamente informales y circunstanciales entre dos grandes potencias, que se entienden entre sí sin necesidad de previa alianza y sin designios de publicidad. El *reparto* presupone la ‘apertura’ de una cuestión territorial; es decir, el reconocimiento tácito o expreso de que un determinado territorio o conjunto de territorios no está en condiciones de ser defendido eficazmente por su soberano nominal. En vista de lo cual, dos grandes potencias toman el acuerdo de subrogar en su soberanía sobre tales territorios a la nación débil, y ello de manera que resulte un reparto equitativo y que cada lote vaya a integrarse, según criterios de contigüidad, en la esfera de intereses de una u otra de las potencias beneficiarias de aquél.

El *tratado de garantía* significa, por su parte, que una gran potencia asume la defensa de una potencia débil, garantizando formalmente su integridad frente a toda agresión de tercero –y prestando indirectamente un sólido apoyo, es preciso añadir, al régimen político, siempre infirme, que ejerce el poder sobre unas sociedades subdesarrolladas–. También aquí estamos ante un instrumento de adecuación de viejas situaciones de ‘soberanía histórica’ a nuevas situaciones basadas en la realidad del poder. En efecto, la garantía internacional prestada en virtud de estos tratados por la potencia fuerte a la potencia débil debe ser entendida en sentido relativo, como una cierta asunción de protectorado que deja a salvo en su integridad las formas y los prestigios externos de la soberanía, pero que no excluye la rectificación unilateral de contenidos reales –siempre salvando las formas– si cambian las circunstancias. Estamos, pues, ante algo políticamente distinto –aunque las formas

jurídicas sean análogas— de la garantía real que resultaba, como un suplemento de poder y un refuerzo de soberanía, de los clásicos tratados de alianza, contraídos entre iguales, de la era bismarckiana, así como de la aplicación virtualmente indefectible que dejaban traslucir sus plazos formales y sus meticulosos procedimientos de denuncia. La vigencia paralela y estimada como compatible, a lo largo de tres lustros de historia diplomática (1899-1914), de un tratado formal de garantía —el llamado de Windsor, entre Gran Bretaña y Portugal— y de una expectativa de reparto de las colonias portuguesas prevista por Convenio entre la misma Gran Bretaña y Alemania, actos diplomáticos a que hemos de referirnos seguidamente, viene a expresar con claridad la impostación del nuevo concepto imperialista de ‘garantía’ sobre una concepción dinámica de las relaciones internacionales, que obliga a considerar tácitamente toda seguridad ofrecida a la integridad territorial de una potencia débil como subordinada a una premisa obvia: *rebus sic stantibus*.¹³ Ahora bien, las cosas cambian en virtud de un dinámico protagonismo que corresponde a las grandes potencias mundiales; no a las pequeñas, por más que unas y otras hubieran mezclado sus firmas en solemnes acuerdos bilaterales. En suma: en el tratado de garantía, la pequeña potencia recibe la seguridad del mantenimiento, por tiempo indefinido, de su soberanía formal sobre la totalidad de su territorio; así como la seguridad de que un proceso de redistribución a la sazón en marcha, no va a afectarle de momento. En cambio, la pequeña potencia queda integrada en la exclusiva esfera de intereses económicos y estratégicos de su poderoso *partenaire*, renunciando a la iniciativa de una política exterior autónoma; la potencia garante asume, por otra parte, frente a terceros, una posición privilegiada en lo que se refiere a la ulterior disposición del conjunto territorial garantizado.

En cuanto al *Ultimátum*, expresa la posibilidad de fulminante disuasión que resulta de la manifiesta desproporción de fuerzas entre grandes y pequeñas potencias, en una era postelegráfica y en una fase de las relaciones internacionales en que, como ya se ha indicado, las

¹³ Estando así las cosas, (RFE).

alianzas estaban en quiebra y la iniciativa de cada gran potencia estaba bastante desprovista de condicionamientos generales (en contraste con lo que será el caso, v.gr., en tiempos de la llamada ‘paz armada’). El ultimátum –con sus distintos grados de amenaza coactiva– permite un ejercicio ‘limpio’ del poder mundial, estableciendo una cómoda línea divisoria entre la exhibición de un poder evidente y la utilización del mismo en una intervención militar siempre sujeta a eventuales complicaciones.

El análisis que nos proponemos hacer de la coyuntura del 98 como crisis de redistribución no requiere que examinemos aquí el famoso ultimátum británico del 11 de enero de 1890, calificado por Basilio Telles a comienzos del siglo XX como “el acontecimiento más importante que, desde las invasiones napoleónicas, abatió a la sociedad portuguesa”.¹⁴ Por sus consecuencias de orden interno, por su enorme impacto sobre la conciencia nacional de los portugueses que lo vivieron, cabe comparar –como ha sido hecho repetidas veces– la crisis portuguesa del Ultimátum con la crisis española del 98. Pero, como vamos a ver enseguida, hablando en términos de estricta historia político-internacional, para encontrar el equivalente portugués de nuestro 98 no es preciso salir de las fronteras cronológicas de este último año. En la dimensión política aludida, la significación del Ultimátum es más bien análoga a la del conflicto franco-británico en torno a Fashoda: es llegado el momento en que a los establecimientos y ocupaciones costeras –que los artículos 34 y 35 del Acta general de la Conferencia de Berlín habían intentado regular–, sucede, en África, la era de las ocupaciones en el interior y de las expediciones conducentes al establecimiento de imperios sin solución de continuidad. Sobre este planteamiento, y en su designio de salvaguardar la cohesión y de preparar el sistema de comunicaciones de su inmenso imperio de África oriental, Gran Bretaña opone una negativa categórica a los designios portugueses de soldar, a través del interior de África del Sur, Mozambique y Angola, como la opondrá a

¹⁴ *Do Ultimatum ao 31 de Janeiro: esboço d’historia política*, 1905, Oporto, B. Telles, p. 108.

la presencia francesa en tierras del Alto Nilo. No estamos todavía en presencia de un ciclo de redistribución, sino en el momento en que cada expansión colonial busca su propia frontera y surgen los litigios y las fricciones en los lugares de encuentro. Cabe, sin embargo, señalar la diferente tramitación que recibirá uno y otro incidente; en ocasión del encuentro franco-británico, el Gabinete británico exigirá la evacuación de Fashoda absteniéndose empero de formular ultimátum preciso. La tramitación del contencioso anglo-portugués fue, sin embargo, harto más contundente:

Lo que el Gobierno de Su Majestad desea y aquello sobre lo que insiste es lo siguiente: Que se envíen al Gobernador de Mozambique instrucciones telegráficas inmediatas para que todas y cualesquiera fuerzas militares portuguesas actualmente en el Chire y en los países de los Makololos y Machonas se retiren. El Gobierno de Su Majestad entiende que, a falta de ello, son ilusorias las seguridades dadas por el Gobierno portugués. Mr. Pitre se verá obligado, de acuerdo con sus instrucciones, a abandonar inmediatamente Lisboa con todos los miembros de su legación, si esta tarde no recibe una respuesta satisfactoria a la intimación que antecede; y el navío de Su Majestad *Enchantress* se encuentra en Vigo esperando sus órdenes.

Naturalmente, el gobierno portugués responde allanándose a la exigencia británica, si bien “dejando a salvo expresamente los derechos de la Corona de Portugal sobre las regiones africanas de que se trata, así como el derecho que le confiere el artículo 12 del Acta general de Berlín de que el asunto en litigio sea resuelto definitivamente por una mediación o un arbitraje”.¹⁵ Pero la mediación, el arbitraje y el mismo sentido jurídico positivo de la Conferencia de Berlín pertenecían a un ámbito de relaciones internacionales llamado a ser sustituido por puras relaciones de fuerza. En este sentido, sí que es oportuno el recuerdo al Ultimátum de 1890 para mejor entender el espíritu y la

¹⁵ Véase *História de Portugal* dirigida por Damião Peres, 1928-1935, Barcelos, Portucalense Editora, vol. VII, p. 417. Para un planteamiento de la cuestión: Eric Axelson, *Portugal and the scramble for Africa, 1875-1891*, 1967, Johannesburg, Witwatersrand University Press.

praxis de la diplomacia, ocho años después, en el año de los intentos de redistribución.

Situar la Convención anglo-alemana de 30 de agosto de 1898, relativa a las colonias portuguesas situadas al sur del ecuador, en el contexto de la compleja situación internacional en cuyo seno surge, sería, en el breve espacio de estas páginas, tarea tan difícil como inoportuna; el lector la encontrará realizada, con claridad y solvencia científica, en obras como las de Langer, Taylor o Grenville, si bien acompañada en algún caso de interpretaciones e incluso justificaciones de orden formal que podrían servir de base para una discusión del tema.¹⁶ El mencionado convenio no llegó a ser aplicado, por más que mantuviera vigencia latente a lo largo de los tres lustros que median entre su firma y el estallido de la primera guerra mundial; de hecho, en 1913 volverá a plantearse la cuestión de un reparto de colonias portuguesas entre Gran Bretaña y Alemania, por cierto sobre líneas más tentadoras para Alemania que las de 1898, con la finalidad de suscitar una *entente* de urgencia entre esta última y Gran Bretaña.

La Convención anglo-alemana de 1898 parte del supuesto de que Portugal solicitase ayuda financiera de una o varias potencias extranjeras; supuesto frente al cual Gran Bretaña y Alemania se comprometen a actuar conjuntamente, sobre la base de que las cantidades anticipadas serían garantizadas por las rentas de las aduanas, u otras rentas, de Mozambique, de Angola y de la parte portuguesa de la isla de Timor. Ahora bien, llegado el caso, los respectivos empréstitos británico y alemán quedarían garantizados específicamente por las rentas de territorios definidos, cuyas fronteras se trazan cuidadosamente estableciendo una división tanto de Mozambique como de Angola; en cuanto a las rentas del Timor portugués, se asignan en exclusiva a la

¹⁶ William L. Langer, *The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902*, 1951, Nueva York, Knopf, cap. XV: "The Anglo-German negotiations". A.J.P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, 1954, Oxford, Clarendon Press, cap. XVII y p. 501-4. J.A.S. Grenville, *Lord Salisbury and Foreign Policy. The Close of the Nineteenth Century*, 1964, Londres, University of London-Athlone Press (espec. cap. VIII). Véase también: Pierre Dubois, "Le traité anglo-allemand du 30 août 1898 relatif aux colonies portugaises", *Revue d'Histoire de la Guerre Mondiale*, julio de 1939, París, Société de l'Histoire de la Guerre, vol. XVII, p. 232-46.

garantía del eventual empréstito alemán. En fin, los seis artículos de la parte explícita de la Convención no hablan sino de empréstitos, rentas, intereses, amortización, inspección y administración de aduanas. Pero el anexo secreto a la Convención habla de cosas políticamente más sustantivas:

Habida cuenta de que, no obstante las cláusulas de la Convención firmada este mismo día, el mantenimiento de la integridad de las posesiones africanas de Portugal al sur del ecuador, así como de Timor, podría, desgraciadamente, presentarse imposible, los abajo firmantes, debidamente autorizados por sus soberanos, han convenido además lo que sigue.

Lo que sigue es que “Gran Bretaña y Alemania están de acuerdo en oponerse a la intervención de toda tercera potencia en las provincias de Mozambique, de Angola, y en el Timor portugués” (artículo 1); que tanto Gran Bretaña como Alemania se abstendrán, recíprocamente, “de presentar reivindicación alguna, de cualquier naturaleza que sea”, sobre las provincias portuguesas cuyas rentas hubieran sido asignadas como garantía a la otra potencia; en fin, el artículo tercero alude explícitamente a la eventualidad “de que Portugal renunciara a sus derechos soberanos sobre Mozambique, Angola o el Timor portugués, o perdiese estos territorios de otra forma”. Como el tenor del tratado excluía la participación de cualquier tercera potencia, así como la injerencia de cada uno de ambos *partenaires* en la zona de influencia reservada al otro, el objetivo final del convenio no por implícito queda menos claro. La breve exposición de motivos del texto mismo del Convenio justificaba su conclusión “con objeto de evitar las complicaciones internacionales que esta situación [es decir, la petición por parte de Portugal de ayuda financiera] podría provocar, así como de preservar su integridad y su independencia”.

Tras la *Convention* y la *Secret Convention* que acaban de ser referidas, un tercer documento –*Secret Note*– viene a completar el Convenio anglo-alemán de 30 de agosto de 1898. La finalidad declarada de esta Nota secreta es *to make clear the intention of the Two Conventions*

of this day's date; la finalidad real: dejar asegurada la equivalencia entre las concesiones o adquisiciones logradas eventualmente por ambas potencias en sus demarcaciones respectivas, así como añadir algunas precisiones al trazado de estas últimas.¹⁷ El contraste entre los eufemismos verbales de la Convención propiamente dicha y el cínico realismo de los dos anexos secretos –si es que es posible aislar uno y otros en el conjunto del convenio a que nos referimos– ha sido ya lo suficientemente glosado y adjetivado por políticos e historiadores como para que valga la pena insistir en el tema. En todo caso, es necesario ver en el contenido político real de la Convención anglo-alemana de 1898 –anexos incluidos– la forma resolutoria, por vía pacífica, del antagonismo entre dos potencias mundiales que han visto bloqueada temporalmente la prosecución de su impulso expansionista, fórmula resolutoria que no es otra que el acuerdo de redistribución.

Como ya quedó apuntado, no se llegó en 1898 –como no se llegará tampoco en 1913– a una efectiva redistribución de las colonias portuguesas situadas al sur del ecuador. El documento analizado no pierde por ello su valor significativo de una determinada práctica internacional. Por lo demás no hay que olvidar que, si entre 1898 y 1914 las colonias portuguesas siguen adscritas a la formalmente indiscutida soberanía de Lisboa, sobre tal soberanía gravitará la tácita hipoteca de un acuerdo de principio entre dos *living nations*; la hipoteca de una Convención que, precisamente por el hecho de desarrollar sus previsiones sobre un conjunto de condiciones futuras y eventuales –la suscripción de empréstitos, el impago de intereses o amortizaciones, etc.– no corría prisa denunciar, máxime cuando Londres la estimaba compatible con la garantía formal prestada, un año después, por el llamado Tratado de Windsor al que hemos de referirnos a continuación.

En cuanto al destino de las Azores, Madera e islas de Cabo Verde, la correspondencia entre Rouvier, embajador de Francia en Lisboa,

¹⁷ George Peabody Gooch y Harold William Vazeille Temperley (eds.), *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914, 1927-1938*, Londres, Foreign Office, vol. I, especialmente docs. n° 77, 90, 91 y 92.

y Delcassé, ministro francés de Asuntos Exteriores, viene a expresar temores y pronósticos sombríos, que apuntan a la posible pérdida por parte de Portugal de tales archipiélagos. “La adquisición de las Filipinas [por parte de los Estados Unidos] es un hecho que, por su naturaleza, ha de provocar aquí [en Lisboa] inquietudes en relación con las Azores”, dada la posición estratégica de estas últimas sobre la ruta de la fachada atlántica de los Estados Unidos a las Filipinas, en un momento en que aún no estaba abierto el canal de Panamá; por otra parte, la guerra de los Estados Unidos con España “y las dificultades a que han debido de hacer frente cuando se ha tratado de llevar el teatro de la guerra a las costas de la Península, han debido hacerles apreciar cada vez más el valor de este punto”. Mas no son sólo las Azores:

Si Alemania está, como parece probable, preocupada por el desarrollo de sus colonias africanas, se verá motivada a disponer de comunicaciones seguras con estas últimas, comunicaciones de que actualmente carece; a este respecto, Madera, y sobre todo las islas de Cabo Verde (sin hablar de Santo Thomé) están verosímelmente destinadas a ser, o a llegar a ser, objeto de sus codicias, sin dejar de serlo de las de Gran Bretaña.

28 Pero, por encima de estos temores y estas previsiones, el diplomático francés expresa un clima en que todo puede esperarse de los tratos entre las tres más grandes potencias, tanto más cuanto que no se conocen exactamente los derroteros de la diplomacia secreta: “Yo no estoy en condiciones de indicar qué parte tienen estas consideraciones en las preocupaciones o en los acuerdos de los Gabinetes de Londres, de Berlín y de Washington. Aquí no se pierden de vista, y tanto el lenguaje de Lord Salisbury como los últimos acontecimientos no son propicios a hacerlas olvidar. El gobierno portugués lucha todo lo que puede...”¹⁸

¹⁸ Ministère des Affaires Étrangères. Francia, *Documents Diplomatiques Français, 1871-1914, 1929-1955*, París, Nationale, 1ª. serie, vol. XIV, doc. n° 518. Rouvier a Delcassé, Lisboa, 14 de noviembre de 1898. La carta recién mencionada contiene una explícita y razonada referencia a la colocación de Portugal “entre los países que Lord Salisbury ha señalado desdeñosamente a la atención de sus oyentes”.

Ahora bien, el destino de las colonias portuguesas no era la redistribución, sino la permanencia íntegra dentro de la esfera de intereses de Gran Bretaña. Es obvio que el interés de esta última estribaba no sólo en reservar dentro de su círculo de intereses económicos y estratégicos, para su propio y exclusivo beneficio, la totalidad del imperio colonial portugués; sino también en disponer, llegado el caso, de una posibilidad de recambio para llegar a una *entente* con Alemania mediante el reparto. Pero, junto a todo ello, juega la exigencia inmediata de poder contar con Portugal –vecina de Gran Bretaña en África del Sur; dueña de Bahía Delagoa–, sin ambigüedades, inhibiciones, ni fisuras, ante la guerra de Transvaal.

Todo ello se logra mediante el llamado Tratado de Windsor, del 14 de octubre de 1899, entre Gran Bretaña y Portugal, que venía a cerrar el círculo de la sorprendente política lusitana del gobierno británico durante dos años decisivos; una política que autoridad tan relevante como Sir Arthur Nicolson describiera, en su *Portrait of a Diplomatist*,¹⁹ como *the most cynical business that I have come across in my whole experience of diplomacy*. Para llegar al desenlace indicado fue preciso vencer el resentimiento y las aprensiones de los portugueses, que algo habían llegado a conocer, aunque no en sus últimos detalles, del convenio anglo-alemán de agosto del 98. La colección de *British Documents...* relativos al período 1898-1914²⁰ nos ilustra acerca de la gestión de la *Declaración secreta anglo-portuguesa* del 14 de octubre de 1899, que tal fue la designación oficial del llamado –a juicio de Langer injustificadamente– “Tratado de Windsor”; nos ilustra también acerca del papel decisivo que en la gestación de la misma cupo al marqués de Soveral, embajador del gobierno de Lisboa en Londres, donde estaba considerado diplomáticamente como persona muy grata.

¹⁹ Arthur Nicolson, *Portrait of a Diplomatist*, 1930, Nueva York, Houghton Mifflin, p. 393.

²⁰ Gooch y Temperley (eds.), *op. cit.*, vol. I, doc. n° 118 reproduce el texto de la Declaración.

El texto de la mencionada Declaración secreta, o Tratado de Windsor, consta de dos partes. En primer lugar –y en ello consiste el cuerpo de la Declaración– hay una explícita confirmación de “los antiguos tratados de alianza, amistad y garantía que subsisten entre ambas Coronas”, y especialmente del artículo 1º del Tratado de 29 de enero de 1642 y del artículo final del Tratado de 23 de junio de 1661, cuyo tenor reproduce literalmente el texto de la Declaración. Bajo este ropaje clásico, resucitado al efecto por explícita sugerencia de Salisbury, subyace la configuración de un verdadero tratado de garantía, al reiterarse y confirmarse la obligación de S.M. Británica de “defender y proteger todas las conquistas y colonias pertenecientes a la Corona de Portugal frente a todos sus enemigos, tanto en el presente como en lo futuro”. En cuanto a la segunda parte de la mencionada Declaración –véanse sus dos breves párrafos finales– comprometen al gobierno portugués a no permitir la importación o el tránsito de armas y municiones destinadas a la República de África del Sur, mientras dure el estado de guerra entre esta última y Gran Bretaña, como asimismo a no declararse neutral en presencia de tal contienda.

30 | Por lo demás, conviene no engañarse acerca de la modestia formal –Declaración secreta– con que el llamado Tratado de Windsor comparece en la historia diplomática. En efecto, al declarar *as of full force and effect the ancient treaties of alliance, amity and guarantee which subsists between the two Crowns*, se sobreentiende innecesaria la formalización de un nuevo tratado de tales características; el tratado de garantía se da por formalmente existente. Y basta revisar las cláusulas del venerable Tratado de Paz y de Comercio de enero de 1642, suscrito por Juan IV en un momento extremadamente difícil para la viabilidad internacional del Portugal restaurado, para advertir el tesoro de posibilidades que allí se encerraban, como oro viejo, para la poderosa Gran Bretaña de la era del imperialismo.²¹ Cabe plantearse si

²¹ El texto de los Tratados luso–británicos de 29 de enero de 1642 y 23 de junio de 1661 puede verse en: José Ferreira Borges de Castro, (Compilados, coordinados y anotados), *Collecção dos Tratados convenções, contratos e actos publicos celebrados entre a Coroa de Portugal e as mais potencias desde 1640 até as presente*, 1856, Lisboa, Nacional, vol. I,

esta consideración no contribuyó a que Lord Salisbury sugiriera, en sus conversaciones con Luiz de Soveral, la expresa referencia a tratados anteriores como base de la conformación del nuevo acuerdo.

Pero lo cierto es que Portugal –el Portugal metropolitano, sus islas, su extenso imperio colonial– había superado, aparentemente intacto, la crisis de redistribución del 98, que tan profundamente afectara a sus cimientos. No se había consumado, ni siquiera iniciado, su reparto formal; y ello, en parte, porque Portugal se salvó de la bancarrota, y en parte harto más decisoria porque la coyuntura internacional no llegó a plantear como apremiante al *Foreign Office* un reparto en las semanas y en los meses que siguieron a agosto de 1898. A tenor del llamado Tratado de Windsor y, sobre todo, a tenor de la realidad del poder, Gran Bretaña mantenía intacto, sin competidores y sin *partenaires*, la totalidad del imperio portugués dentro de su propia esfera de intereses. Ahora bien, la Convención anglo-alemana del 98, si no había sido cumplida en los términos previstos, tampoco había sido anulada; mantenía, como queda dicho, una vigencia latente que entrañaba una hipoteca tácita, una expectativa de desintegración a plazo indefinido, sobre el imperio colonial portugués. Creo que esta virtualidad paralela de un convenio de eventual *reparto* y de un tratado de *garantía* formalmente ofrecida a la misma potencia cuyos dominios se trata, llegado el caso, de repartir, ilustra la relación dialéctica existente, en la época del imperialismo, entre uno y otro acto diplomático. La compatibilidad formal, simultánea, entre la Convención anglo-alemana del 98 y el Tratado anglo-portugués del 99, fue una realidad para la diplomacia británica de la época y ha sido defendida, en fecha mucho más cercana a nosotros, por Grenville. Pero no es el problema de la compatibilidad formal entre ambos documentos, ni siquiera el de su evidente incompatibilidad ética, el que nos interesa discutir aquí; sino el de su complementariedad en un proceso histórico concreto. En efecto, convenio

p. 82-101 y 234-58 respectivamente. En el sentido apuntado en el texto conviene recordar que el primero de los dos tratados mencionados era, técnicamente, un “tratado de paz y de comercio”.

de reparto y tratado de garantía apuntan a dos etapas distintas de un único proceso tenido a la sazón por ineluctable –*living nations*, *dying nations*–, identificado con el sentido de la historia y al que se trata de dotar de instrumentos jurídicos adecuados para evitar el único mal digno de ser evitado por todos los medios: la confrontación armada entre las grandes potencias mundiales. Una confrontación que, por lo demás, no se hará esperar mucho más de tres lustros.

5. El 98 español: la trama internacional del Desastre

Situado en las coordenadas que he intentado esbozar, el 98 español muestra una perspectiva más real y más compleja que la que insistentemente repiten nuestros manuales. La imagen clásica que nuestra historiografía recoge del 98 consta –sin excepción– de tres componentes esenciales y un apéndice. Los tres componentes esenciales son: una guerra colonial con su epicentro en Cuba; una guerra con los Estados Unidos que comporta la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; una inhibición de las potencias europeas frente a esta desigual confrontación hispano-norteamericana. Como apéndice, la venta a Alemania de los tres archipiélagos del Pacífico –Carolinas, Marianas y Palaos–, a excepción de Guam, en las Marianas, que ya había sido cedida a los Estados Unidos en el Tratado de París. Todos estos hechos son ciertos, y en buena medida, cartografiables. Pero una explicación histórica global de los mismos no puede prescindir de otros hechos no menos reales.

En primer lugar, que la transferencia de las Filipinas a los Estados Unidos no figuraba entre los fines de guerra de esta última potencia, y que fue auspiciada por Gran Bretaña con la finalidad de impedir que, una vez abierto el proceso de redistribución, cayera, como parecía probable, en manos de Alemania, a la sazón dispuesta a tal adquisición.

En segundo lugar, que la transferencia a Alemania, en 1899, de los tres archipiélagos del Pacífico, no fue un acto estrictamente bilateral, fruto de un acuerdo entre Alemania que deseaba comprar y España

que no tuvo inconveniente en vender; sino resultado, ante todo, de un acuerdo entre las grandes potencias que permitió la adjudicación a Alemania de los tres archipiélagos por vía de indemnización que compensara su forzada renuncia a las Filipinas; a esta luz, el ‘reparto’ –aunque fuera desigual– del imperio colonial de España en Oriente, entre los Estados Unidos y Alemania, queda claramente manifiesto.

En tercer lugar, que los resultados efectivos de la redistribución –la pérdida de las islas y archipiélagos mencionados– no bastan para dar una idea de las ambiciones y de los temores que suscitó la ‘apertura’ de la cuestión colonial española entre los años 98 y 99; el manejo de la correspondencia diplomática y de la prensa de la época nos permite reconstruir el clima psicológico-colectivo de la crisis, dentro del cual se daba como posible un desmantelamiento aún más amplio y radical de la extensión territorial de la monarquía española.

En cuarto lugar, que la crisis contó entre sus componentes un serio contencioso hispano-británico acerca de las fortificaciones españolas frente a Gibraltar, contencioso que atrajo sobre España el riesgo de “otro conflicto, que habría resultado más ruinoso para ésta que la misma guerra con los Estados Unidos” según ponderación de Grenville que, sin duda, no hubiera tachado de exagerada el que fuera a la sazón ministro de Estado español, duque de Almodóvar del Río;²² la tramitación cuidadosamente secreta del incidente hizo que tanto la prensa como la opinión pública permanecieran ajenas a sus verdaderas dimensiones.²³ Al día siguiente de la derrota militar de España frente a los Estados Unidos se plantea el problema específicamente europeo –al que Gran Bretaña, por razones obvias, se manifiesta especialmente sensible– de

²² Juan Manuel Sánchez y Gutiérrez de Castro, duque de Almodóvar del Río (1850-1911), (RFE).

²³ En la carta del duque de Almodóvar del Río al embajador de España en Londres, conde de Rascón, Madrid, 28 de agosto de 1898, se expresa, en efecto, el interés del gobierno español en mantener “la más absoluta reserva en una cuestión [la recientemente surgida entre Gran Bretaña y España en relación con las fortificaciones españolas próximas a Gibraltar] cuyo conocimiento *podría suscitar nos desagradables incidentes y dificultades en el orden político interior*”. Lo subrayado, cifrado en el original. Archivo Histórico Nacional, Sección de Estado, Leg. 8663 (en adelante citado AHN E).

la garantía territorial de la metrópoli y de sus islas adyacentes. Se trataba de incorporar al derecho internacional vigente el principio de que la ‘cuestión española’, tras la transferencia de las islas y archipiélagos de ultramar, quedaba cerrada. Sólo que para ello era preciso que la España peninsular, las Baleares y Canarias, las plazas de soberanía en África del Norte y las restantes islas y enclaves africanos quedaran respaldadas por algún tipo de garantía internacional. En suma: una *garantía* para los residuos de la redistribución. Garantía ofrecida por Gran Bretaña por medio del proyecto de Acuerdo de noviembre de 1898—claro antecedente del llamado Tratado de Windsor luso-británico al que me he referido líneas arriba—, pero que el gobierno español rehusará aceptar. La garantía internacional del área metropolitana y de los residuos de la redistribución no vendrá, para España, de un acuerdo bilateral con Gran Bretaña; sino de su inserción en el ámbito de la *entente* franco-británica de abril de 1904. España resistirá el intento británico de ‘portugalización’ precisamente en razón de su fidelidad al clásico aforismo de nuestra política exterior ochocentista: “cuando Francia y Gran Bretaña marchen de acuerdo, unirse a ellas; cuando no, abstenerse”. Como ya se dijo, fue el intercambio de notas entre las tres potencias —Gran Bretaña, Francia, España— sobrevenido al hilo de los Acuerdos de Cartagena, en 1907, lo que vino a establecer una garantía conjunta sobre el *statu quo* del área del Estrecho.²⁴

* * *

Repasemos, con el detenimiento que permite la ocasión, las principales etapas del proceso que queda esbozado. La apertura de la ‘cuestión española’ en el año 1898 sobreviene como consecuencia de unos planteamientos inicialmente circunscritos al área antillana y a las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos sobre la misma. La confrontación, de resultados obviamente previsibles, entre la potencia

²⁴ Enrique Rosas Ledezma, *Contribución al estudio de las relaciones hispano-británicas, 1899-1914. Los acuerdos mediterráneos hispano-franco-británicos*, tesis doctoral inédita, 1975, Madrid, Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense.

militar y naval de los Estados Unidos y los limitados y débiles recursos de España, apuntaba a la aparición, en un mundo colonial que acaba de alcanzar sus fronteras inmediatas, de un vacío de poder. Hay, claro está, un ultimátum:

Si a la hora del medio día del sábado próximo, 23 de abril corriente, no ha sido comunicada a este gobierno, por el de España, una completa y satisfactoria respuesta a esta demanda y Resolución, en tales términos que la paz de Cuba quede asegurada, el presidente procederá, sin ulterior aviso, a usar el poder y autorización ordenados y conferidos a él por dicha Resolución, tan extensamente como sea necesario para obtenerla en efecto.²⁵

Sigue la guerra,²⁶ la fulminante derrota naval española, el recurso a los buenos oficios de Francia, los tanteos de paz. Recordemos los términos del Protocolo de Washington, del 12 de agosto del 98. Su artículo primero afirma el logro del que había sido objeto explícito de la intervención norteamericana: “España renuncia a toda pretensión de soberanía y a todos sus derechos sobre Cuba.” El artículo segundo hace referencia, ya, a unas ganancias de guerra, justificadas a partir de la victoria militar y de su coste por parte de la potencia victoriosa: “España cederá a los Estados Unidos la Isla de Puerto Rico y las demás islas que actualmente se encuentran bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales, así como una isla en las Ladroneas [es decir, en el archipiélago de las Marianas], que será escogida por los Estados Unidos.” En cuanto al artículo tercero, deja en suspenso el destino ulterior de las Filipinas:

35

²⁵ Este ultimátum de Estados Unidos a España tuvo lugar el 20 de abril de 1898, (RFE). Ministerio de Estado, España, *Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de Estado*, 1898-1899, Madrid, Ministerio de Estado, vol. I (“Negociaciones generales con los Estados Unidos desde el 10 de abril de 1896 hasta la declaración de guerra”), doc. n° 145. El texto de la Resolución conjunta, en doc. n° 143.

²⁶ “A splendid little war” como fue llamada por los norteamericanos. Declarada por España el 24 de abril y por Estados Unidos al día siguiente, haciéndola retroactiva al 21 de abril, (RFE).

Los Estados Unidos ocuparán y conservarán la ciudad, la bahía y el puerto de Manila, en espera de la conclusión de un tratado de paz, que deberá determinar la intervención (*contrôle*), la disposición y el gobierno de las Filipinas.²⁷

¿Por qué esta nebulosa presentación de las expectativas norteamericanas sobre las Filipinas, en contraste con las categóricas exigencias formuladas con respecto a Cuba, Puerto Rico y la aún no determinada isla del grupo de las Marianas? Hemos de partir de la existencia de un antecedente (23-25 de abril de 1898) que no debe ser soslayado en un planteamiento del problema filipino en el contexto de la crisis de redistribución del año indicado. Me refiero a la “inteligencia del gobierno de los Estados Unidos con Emilio Aguinaldo, por medio de su cónsul en Singapur, Spencer Pratt, rotas ya las hostilidades con España, pero negociada con anterioridad”.²⁸ Estas negociaciones confirmaban la ruptura de la paz entre tagalos y españoles propiciada por el Pacto de Biac-Na-Bató, suscrito cuatro meses antes; pero no es de extrañar que los tagalos, refractarios al espíritu del pacto, aprovecharan o intentaran aprovechar las posibilidades que venía a ofrecerles la inminente confrontación armada entre España y los Estados Unidos. Lo cierto es que el acuerdo suscrito ahora entre tagalos y norteamericanos prevé el establecimiento de una ‘República centralizada’ en las islas Filipinas, independientes de España pero colocadas bajo un protectorado de los Estados Unidos “que se establecería en los mismos términos y condiciones que el de Cuba”. Interés secundario tienen en este momento, para nosotros, las restantes estipulaciones del pacto, algunas de las cuales prevén “la apertura de los puertos de Filipinas al comercio universal”, “la adopción de medidas favorables a la inmigración china sin perjuicio del trabajador indígena”, “la abolición de las trabas im-

²⁷ *Ibid.*, vol. II (“Negociaciones diplomáticas desde el principio de la guerra con los Estados Unidos hasta la firma del Protocolo de Washington y gestiones practicadas para su cumplimiento”), doc. n° 105.

²⁸ Melchor Fernández Almagro, *Historia política de la España Contemporánea*, 1968, Madrid, Alianza Editorial, vol. III, p. 95, 102.

puestas a nuevas empresas industriales y de las contribuciones sobre capitales extranjeros, y el mantenimiento del orden, con evitación de toda clase de represalias”; amén de distintas reformas de orden interno relativas a la administración de justicia, al establecimiento de libertades de prensa, asociación y cultos, y al fomento de la riqueza pública. Como observará justamente Fernández Almagro, este Pacto de abril de 1898 venía a hacer de los tagalos aliados de la República norteamericana.²⁹

Ahora bien, la evolución ulterior de los acontecimientos parece sugerir la conveniencia de atribuir a este Pacto el valor de una explicable maniobra táctica por parte de los Estados Unidos, ante la proximidad de un enfrentamiento armado con España, más bien que el de testimonio de un propósito preconcebido y resuelto, por parte de aquella potencia, de retener las Filipinas tras la esperada victoria sobre España. Tal es, en efecto, la conclusión a que conduce el razonamiento de Langer, según el cual la adquisición de las Filipinas no entraba claramente, a la sazón, ni en las necesidades estratégicas ni en los objetivos de guerra de los norteamericanos. Esta realidad, conocida por las potencias, hubo de dar pie a las esperanzas alemanas de sustituir a los españoles, total o parcialmente, en el dominio del archipiélago, una vez que estos últimos se manifestaron incapaces de retenerlas.³⁰ Sobran, en efecto, los testimonios de tales esperanzas, incluso anteriores a la derrota naval de España, como éste que nos ofrece en sus *Memorias* el canciller príncipe de Bülow:

En abril de 1898 me telegrafió [el káiser Guillermo II]: “Tirpitz está totalmente convencido de que debemos poseer Manila, ya que ello sería muy ventajoso para nosotros. Será preciso que la ocupemos tan pronto la revolución la haya arrancado de manos de los españoles.” Las noticias procedentes de nuestra escuadra le habían hecho creer que los españoles no lograrían dominar la insurrección de los filipinos; pero que la escuadra norteamericana sería derrotada por la española, y

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Langer, *op. cit.*, p. 517 y s.

que entonces Manila caería, como fruta madura, en nuestras manos. Es posible que los mismos españoles nos pidieran que restableciéramos el orden en Filipinas, ofreciéndonos Manila como recompensa.

La grave derrota de los españoles en Cavite puso fin a estas ilusiones. Yo estaba en el Palacio Nuevo cuando el káiser recibió la noticia de la destrucción de la escuadra española. Su estupefacción fue tan grande como su disgusto.³¹

Por encima de esta anécdota, lo que cuenta es el hecho de que, antes y después de la derrota española, los círculos políticos de Berlín, muy motivados por impulsos imperialistas, alimentaban la creencia de que Alemania debía aprovechar cuantas oportunidades le deparara la coyuntura para neutralizar el retraso de su lanzamiento por las vías de la expansión colonial ultramarina; y ello en tanto las autoridades navales manifiestan su impaciencia por la adquisición de estaciones carboneras y de puntos de apoyo para la armada sobre todos los mares del mundo. En estas condiciones sobreviene la derrota española de Cavite, la extensión de la revolución filipina... y las autoridades alemanas creen llegado el momento de aprovechar la coyuntura. En efecto, inmediatamente después de la derrota española, el almirante en jefe de la escuadra alemana en Extremo Oriente recibe órdenes de enviar barcos a Manila, con la misión oficial de proteger los intereses alemanes en aquellas islas. Pronto dispondrán los alemanes, en aguas de Manila, de una escuadra tan poderosa como la norteamericana; “una flota superior, por varios conceptos, a la de Dewey”, precisa Fernández Almagro, refiriéndose a las cinco unidades navales colocadas, en junio, bajo el mando de Von Diederich.³² “No podía ser cómoda la convivencia de los norteamericanos y los alemanes en la bahía de Manila –apostilla el historiador recién citado–: aquéllos, crecidos por el triunfo, éstos, en comunicación con los españoles del litoral y procurando abastecerlos. Inevitablemente tenían que surgir rozamientos de todo orden”. Pero los acontecimientos se precipitan y, al hilo de los mismos, Alemania

³¹ Bernard F. von Bülow, *Denkwürdigkeiten*, 1930-1931, Berlin, Ullstein, vol. I, p. 221.

³² Fernández Almagro, *op. cit.*, vol. III, p. 141-2.

irá pasando paulatinamente, del proyecto de establecer un protectorado sobre las Filipinas, al más modesto programa de alguna forma de neutralización o de reparto.³³

³³ Recuérdese que, en la compleja coyuntura diplomática de mayo —en que, coincidiendo con el reajuste del gabinete Sagasta, el 18 de mayo de 1898 que duró hasta el 4 de marzo de 1899, se hacen tantas conjeturas relativas a una mediación o intervención de Francia en el conflicto hispano-norteamericano—, no deja de plantearse la posibilidad de una “solución francesa” para el destino de las Filipinas. A tal posibilidad hace referencia la circular del ministro francés de Asuntos Extranjeros, Hanotaux, fecha de 29 de mayo, a los embajadores de Francia en Londres, San Petersburgo, Roma, Viena y Washington. La Circular, transmitida ‘para información confidencial’, constituye un expresivo testimonio del clima de redistribución que se abate, ya entonces, sobre el imperio colonial español: “En diversas ocasiones, y especialmente a propósito de los incidentes que han señalado la reconstitución del Gabinete Sagasta, la prensa española ha hecho alusión a pretendidas negociaciones encaminadas a asegurar a España la buena voluntad de Francia, mediante determinadas ventajas que se buscarían principalmente de parte de las Filipinas. La prensa extranjera se ha apoderado de estas falsas informaciones, y nuestro embajador en Berlín me ha señalado, entre otros artículos publicados en Alemania, un comentario de la *Magdeburger Zeitung*, que dice así:

Según se dice, el Departamento de Negocios Extranjeros desea que quede bien establecido que Alemania elevaría objeciones categóricas contra una cesión de la islas Filipinas, hecha por España a Francia. La opinión del gobierno Imperial estima que sería mejor operar el reparto de las islas Filipinas entre las Potencias interesadas. Los intereses del comercio alemán serían preponderantes.

Una conversación que tuve con el conde Münster —continúa la circular de Hanotaux— al día siguiente de su vuelta a París, me dio ocasión para rectificar incidentalmente, de antemano, las alegaciones de que se trata. Habiéndome hablado de estos rumores el embajador de Alemania, yo le he recordado los principios que habían guiado constantemente nuestra política en la crisis actual, añadiendo que nosotros continuamos pensando que sólo puede reportar ventajas el hecho de que toda negociación con miras al restablecimiento de la paz sea concertada entre las Potencias.” “En cuanto a las Filipinas —continúa el documento referido—, las circunstancias no nos parece que autoricen a considerar la cuestión como abierta; por nuestra parte, no hemos de abordarla. Por otra parte, hay lugar a observar que, mientras que los periódicos alemanes se alzan contra los propósitos que nos atribuyen cerca de las Filipinas, *El Imparcial* de Madrid contempla favorablemente la idea de asegurarse el concurso de la misma Alemania, mediante ventajas materiales que, según M. Patenôtre [embajador de Francia en Madrid a la sazón] no podrían ser buscadas sino en las Filipinas.— No deje usted de tenerme al corriente de las indicaciones que le puedan llegar acerca de los diversos puntos mencionados en este telegrama.” El documento constituye un expresivo testimonio, tanto de la ‘apertura’ de la cuestión de las Filipinas con miras a su reparto, como de la negativa francesa a considerar la cuestión como abierta; expresa también la concepción francesa, favorable a la regulación de la crisis suscitada por la guerra hispano-norteamericana mediante el clásico recurso al concierto de las Potencias; concepción distinta a la que ya era práctica corriente entre las

El contexto político-mundial de estas pretensiones es, a lo largo de 1898, tan complejo como fluido. De tal contexto, sólo dos elementos son de imprescindible recuerdo aquí. En primer lugar, la integración del problema de las Filipinas en la problemática más amplia de un área regional —la cuestión de China— que se presenta como uno de los grandes focos de tensión en la política internacional del momento. En segundo lugar, la contraposición que en tal área se manifiesta entre los intereses alemanes y los intereses británicos. En consecuencia, va a ser Gran Bretaña la que induzca tenazmente a los Estados Unidos para que retengan las Filipinas tras su victoria militar, con objeto de poner coto, de raíz, a las pretensiones alemanas sobre el archipiélago. Langer ha insistido en el hecho de que Gran Bretaña, por más que no deseara reservarse parte alguna del botín español, estaba resuelta a impedir que tales territorios pasaran a manos de otra potencia europea, y muy en especial de Alemania. Por esta razón, una vez derrotada en Cavite la escuadra española (mayo del 98), la diplomacia británica dará a entender claramente al Gobierno de Washington su deseo de que sean los Estados Unidos quien subroguen a España en el dominio de las Filipinas.³⁴ Esta inducción británica sobre el todavía vacilante Gobierno de Washington hubo de tener su más espectacular manifestación en la visita de Joseph Chamberlain³⁵ a los Estados Unidos a comienzos de septiembre de 1898; es decir, pocas semanas después de la firma del Protocolo de Washington, pero cuando todavía están pendientes las negociaciones de paz entre España y los Estados Unidos. Las declaraciones del ministro británico a la prensa norteamericana suscitan una explicable emoción en los medios diplomáticos y en la prensa española. *La Época* del 11 de septiembre se hace eco de algunas de tales manifestaciones:

grandes potencias imperialistas: la redistribución territorial a través de arreglos bilaterales. En fin, la perspectiva de adjudicación a Francia de territorios españoles, como compensación de su apoyo a la difícil posición española, debe ser puesta en relación con lo que más adelante se dice respecto a los rumores —también de mayo— relativos a distintas posibles cesiones en el marco del mar de Alborán (Melilla, Ceuta, un punto en la costa andaluza).

³⁴ Langer, *op. cit.*, p. 517 y s.

³⁵ Ministro de las Colonias de Gran Bretaña de 1895 a 1903, (RFE).

Ante todo abordó Mr. Chamberlain la cuestión de la guerra hispano-americana, manifestando que la generalidad de la nación británica ha simpatizado con la causa de los Estados Unidos, por las mismas razones que acoge con entusiasmo la idea de una alianza anglo-sajona [...] Contestando a una pregunta de su interlocutor, Mr. Chamberlain expresó su deseo de ver a los Estados Unidos convertirse en una gran potencia colonial. “La política colonial –declaró el ministro– excita el genio de las naciones. A ella debe Gran Bretaña su fuerza en la política interior. Al apoderarse los Estados Unidos de Filipinas, demostrarán a Europa que no piensan desentenderse de los problemas del Extremo Oriente [...] Suceda lo que quiera, los Estados Unidos tienen en el Pacífico responsabilidades que no pueden eludir.”³⁶

La situación de la diplomacia española es crítica, ante la perspectiva de una ‘alianza anglo-sajona’, cuando ya ha surgido el contencioso hispano-británico acerca de las fortificaciones frente a Gibraltar, cuando todavía no está firmada la paz con los Estados Unidos, cuando todavía no hay motivo para dar por perdidas las Filipinas ateniéndose al tenor literal del Protocolo de Washington. Pero la situación va decantándose en el sentido apuntado por la diplomacia británica; los Estados Unidos van endureciendo paulatinamente su actitud frente a las pretensiones alemanas acerca de las Filipinas, y al hilo de este endurecimiento Alemania va juzgando conveniente cambiar de política. Si los Estados Unidos se manifiestan, por fin, resueltos a explotar en beneficio propio su propia victoria y adueñarse de las Filipinas, no es momento de oponerse a tan ineluctable designio; sino de concitarse la buena disposición del vencedor para que, a lo menos, no se oponga a la adquisición, por compra, de los archipiélagos del Pacífico que no aparecen citados en el Protocolo de Washington: las Carolinas, las

³⁶ *La Época*, Madrid, 11 de septiembre de 1898. Las declaraciones de Chamberlain motivaron una reclamación diplomática española, rechazada por el Gobierno británico. AHN E, Leg. 8663, Almodóvar a Rascón, cartas del 12 de septiembre y 2 de octubre de 1898; la respuesta británica puede verse en Leg. 8664, Sanderson a Rascón, 25 de septiembre y 17 de octubre de 1898.

Palaos y las Marianas —a excepción, en este último archipiélago, de la isla que los Estados Unidos estimaran conveniente reservarse.

Se esboza, pues, desde finales del verano del 98, la conformación definitiva del reparto a que estaba destinado el imperio ultramarino de España. Alemania había acariciado la idea de un reparto global sobre dos grandes áreas: si el área de las Antillas correspondía a los Estados Unidos, ¿por qué Alemania no podría ser la heredera de España en Asia Oriental? Ahora bien, la intervención de la diplomacia británica, en servicio de sus propios intereses, había determinado otra fórmula de reparto para las islas españolas de Oriente: las Filipinas, para los Estados Unidos. Que Alemania se conformara con los tres archipiélagos restantes. En noviembre del 98, los comisarios españoles se enfrentan, sorprendidos e inermes, a la interpretación que sus colegas norteamericanos pretenden dar al artículo tercero del Protocolo de Washington relativo a las Filipinas. Se discute el alcance de algunas palabras —intervención o *contrôle*, disposición, gobierno—. Pero detrás de los análisis semánticos estaba el hecho, desnudo, de la fuerza.³⁷ El artículo tercero del Tratado de París (10 de diciembre de 1898) establecerá la cesión de las islas Filipinas a los Estados Unidos. Salvando la distancia existente entre lo previsto cuatro meses antes en el Protocolo y lo impuesto ahora en el Tratado, mediante la entrega a España, sin exposición explícita de motivos, de veinte millones de dólares.

* * *

De la cesión a Alemania de las Carolinas, Palaos y Marianas (excepto Guam), interesa aquí subrayar un aspecto: su integración *dentro* del mismo ciclo de dismantelamiento del imperio colonial español que presencia el año 98; no como una especie de apéndice, a modo de liquidación final, de un proceso de enajenación ya cumplido. Como es sabido, corresponde al 12 de febrero de 1899 —es decir, dos meses largos tras la firma del Tratado de París— la Declaración hispa-

³⁷ Véase Ministerio de Estado. España, *op. cit.*, vol. III (“Conferencia de París y Tratado de Paz del 10 de diciembre de 1898”), docs. n.º 48 y s.

no-alemana en virtud de la cual España se compromete a ceder al Imperio alemán los tres archipiélagos mencionados, contra el pago de veinticinco millones de marcos. Ahora bien, tal fecha es engañosa; en realidad corresponde al 10 de septiembre y al 10 de diciembre de 1898 la suscripción de sendos acuerdos provisionales y secretos entre los gobiernos de Berlín y de Madrid, que contemplaban ya la cesión a Alemania de los tres grupos de islas. Madrid, y por supuesto, las potencias, conocen y refrendan el reparto de una vez, conscientes de su realidad global.³⁸

6. El clima moral de la redistribución

Hasta aquí, los resultados efectivos, cartografiables, del proceso de redistribución colonial, en cuyo torbellino sucumbieron los restos del imperio español de ultramar. Pero nuestra visión de aquella situación histórica sería incompleta y descarnada si sólo nos atuviéramos a tales hechos. Al tratar del caso portugués hemos podido ver la hondura y la significación político-internacional de un proceso que, sin embargo, no plasma en cambios territoriales efectivos. De manera análoga, al tratar del caso español hay que tener presentes, no sólo las transferencias consumadas de soberanía de que acaba de hacerse mención; sino también todo el complejo de designios y negociaciones diplomáticas que no llegaron a resultados efectivos, los comentarios y las pequeñas profecías que aparecen en la correspondencia diplomática de la época, las opiniones, los temores y las utopías que trascienden a la prensa y que, por medio de ella, crean un clima de opinión y un ambiente psicológico y moral. En su gran obra sobre *Grosse Depression und Bismarckzeit*, Hans Rosenberg puso de manifiesto lúcidamente cómo una etapa histórica bien definida viene caracterizada, no sólo por sus condicionamientos y manifestaciones de orden económico, social y

³⁸ Auswärtiges Amt, *Die Grosse Politik der Europäischen Kabinette, 1871-1914, 1922-1928*, Berlin, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte, vol. xv (1924), especialmente cap. XCVIII.

político, sino también por un determinado clima de psicología colectiva, por unas ideologías corporeizadas en unas realidades humanas y sociales, por un ambiente moral.³⁹

En esa especie de ‘situación de salida’ de la Gran Depresión que viene a ser, en cierta medida, la densa y apretada coyuntura mundial de 1898, la euforia vital, el mito de un poderío y de una capacidad de expansión ilimitadas que impulsan la acción y el entusiasmo de las mayores potencias, tiene su reverso en el sentimiento de impotencia y de derrota indefinida –quiero decir sin límites precisos– que informa el talante de los perdedores. Cuantos estén familiarizados con la lectura de la correspondencia diplomática y de la prensa española del 98, convendrán conmigo en que la historiografía subsiguiente ha carecido de la imaginación, de los métodos y de los recursos expresivos necesarios para captar y reconstruir adecuadamente la imagen que de la realidad político-internacional de aquel verano y de aquel otoño decisivos se forjaron los españoles que la vivieron. El tan referido y glosado ‘pesimismo’, anclado en una actitud crítica, y por lo tanto de impostación racional, es algo distinto; algo que se dio antes, desde la crisis de las utopías del Sexenio Democrático (1868-1874) y desde que el positivismo enfrentó sus esquemas a la realidad viva del país; algo que acompañará, después de la derrota y del Tratado de París, a la ponderación exacta de las proporciones y de las causas de aquélla. Pero ¿cómo llamar a esa especie de catastrofismo integral, tácitamente asumido; a esa incertidumbre del límite que la realidad sería capaz de oponer a la muchedumbre de noticias, conjeturas, pronósticos y rumores que traían cada día el telégrafo o la prensa; a esa especie de estoico, y un tanto cínico, distanciamiento que la prensa ponía entre la no interrumpida rutina cotidiana, y un conjunto informativo que se diría presentado con más curiosidad que pasión?

La incertidumbre acerca de las proporciones exactas del Desastre; en otros términos, la ignorancia de la opinión pública acerca de los

³⁹ Véase Juan José Carreras Ares, “La Gran Depresión como personaje histórico (1875-1896)”, *Hispania*, 1968, Madrid, Instituto de Historia Jerónimo Zorita, n° 109, p. 425-43.

límites finales que encontraría el proceso de redistribución: tal es, en efecto, uno de los componentes más visibles del clima moral del 98, una vez sobrevenida la evidencia de la aplastante derrota militar. Seguir, ya en la prensa madrileña de mediados de año, las noticias y las impresiones relativas a la esperada venida al área peninsular de la llamada ‘escuadra oriental’ de los norteamericanos, basta para ponernos en contacto con esta sensación de ‘indeterminación del riesgo’ a que acabo de aludir. No se desecha la posibilidad de un bombardeo de puertos peninsulares por parte de los barcos del comodoro Watson; los comentaristas coinciden, sin embargo, en el inminente riesgo que corren la islas Canarias.

Conviene irse acostumbrando a la idea de que una escuadra norteamericana puede venir a bombardear puertos españoles [...] Varios puertos pueden recibir las granadas del enemigo. Y si alguno de sus barcos sufriera averías, no le faltarían medios de repararlas. La empresa, repetimos, no ofrece dificultades insuperables, y conviene que la opinión vaya haciéndose cargo del nuevo aspecto que probablemente revestirá la guerra. Las ilusiones que luego no se realizan deprimen más el ánimo que la probable realidad, por desfavorable que sea.⁴⁰

En cuanto a las Canarias, aquella provincia adyacente, siempre lealísima a la patria, está bien guarnecida y fortificada; pero las islas son siete, el enemigo busca lo fácil, y no teniendo intereses en África, no aspirando a una ocupación permanente, tal vez se estableciese en alguna de aquéllas poco defendida, y de la que no sería fácil expulsarle por nuestra inferioridad marítima.⁴¹

⁴⁰ “Noticias de última hora”, *La Época*, Madrid, 1 de julio de 1898, p. 3.

⁴¹ “La Escuadra Oriental”, *La Época*, Madrid, 30 de junio de 1898. En la misma fecha, y bajo el epígrafe “La Escuadra yanki contra España”, *El Imparcial* publica un resumen de noticias recibidas por cable: “Circulan noticias contradictorias acerca del punto a que primero se dirigirá la escuadra del comodoro Watson en su viaje contra España. Mientras una versión insiste en afirmar que irá primero a Tánger o a Gibraltar para tomar allí carbón, repostarse de víveres y recibir las órdenes que le esperan allí, otra versión afirma que la escuadra irá directamente a Canarias, donde se confía en apoderarse fácilmente de los depósitos de carbón que se supone existen allí [...] Se confirma que la expedición saldrá de los Estados Unidos dentro de cinco o seis días, aunque no sería difícil que sobreviniera algún retraso por la enormidad de la carga que tienen que llevar los barcos.— Éstos se están repostando para cuatro meses.— Resuel-

El Correo de Madrid del mismo día 1 de julio, después de anunciar que “se ha sabido con relativa certeza que el gobierno de Washington prepara una escuadra volante destinada a bombardear el litoral de la Península”, informa al lector de los pormenores técnicos de los distintos buques componentes de la escuadra indicada; en cabeza, los acorazados *Newark*, *Iowa* y *Oregon*.

Ahora bien, la condensación del riesgo sobre las Canarias era algo previsto por los medios diplomáticos; ya en 20 de mayo, Jules Cambon, embajador de Francia en Washington, había alertado a Gabriel Hano-taux, ministro francés de Asuntos Extranjeros, acerca de las noticias que circulaban por los Estados Unidos:

Nadie puede prever cuál será el fin de esta guerra; pero en los Estados Unidos se oye decir corrientemente que, si los españoles no piden gracia una vez que les hayan quitado Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, se les tomarán las Canarias y se bombardearán las Baleares. Las imaginaciones trabajan deprisa.⁴²

Es cierto que la amenaza de los *yankees* sobre las Canarias movi-liza las reminiscencias del mismo Jules Cambon, antiguo Gobernador General de Argelia, que ve en peligro el designio francés de dar salida al Atlántico a su vasta posesión argelina. En realidad, ya desde el co-mienzo de la crisis hispano-norteamericana el gobierno francés había

ta la cuestión de la base de operaciones navales, la escuadra se dirigirá a los puertos de la Península. Las noticias de hoy son que el objetivo de las operaciones será contra El Ferrol, Cádiz, Cartagena y acaso Bilbao, para destruir los arsenales y los barcos en construcción.” Se añade que “estos informes, aunque tal vez tienen por base alguna frase oída en las esferas oficiales, son evidentemente exagerados, pues no se considera probable que la escuadra entre en el Mediterráneo, pues para ello tendría que pasar al alcance de los cañones de Ceuta”; obsérvese que se deja en pie, al margen de toda exageración, la posibilidad de ataque contra los puertos españoles del Atlántico. Poco más arriba se recoge una noticia, procedente de Washington, y fechada a las diez de la noche de la víspera, según la cual “MacKinley dijo que era necesario proceder con sorprendente rapidez, haciendo llegar los barcos de guerra americanos a las costas españolas con suma celeridad que sorprendiese a todo el mundo.” Inútil insistir acerca del valor conformador de un ambiente psicológico colectivo que había de tener la multiplicación de noticias del carácter de las transcritas.

⁴² Ministère des Affaires Étrangères. Francia, *op. cit.*, 1ª. serie, vol. XIV, doc. n° 196.

enviado a las Canarias un buque de guerra, con la misión de vigilar los acontecimientos; no es ajeno a estos planteamientos el interés que suscita, en plena crisis de redistribución, el destino de la posesión española de Río de Oro.

En cuanto se refiere a la diplomacia británica, su actitud con respecto a las Canarias es muy distinta a la observada con respecto a las Filipinas. En expresión de Sir Thomas Sanderson, subsecretario de Estado en el *Foreign Office*, la anexión por parte de los Estados Unidos de las islas Canarias, o la adquisición de una estación carbonera en las mismas, eran posibilidades poco gratas para Gran Bretaña, por cuanto comportarían la presencia de los norteamericanos en lugares ‘realmente demasiado próximos a Europa’.⁴³ Actitud que comportaba una garantía objetiva para el mantenimiento de la soberanía española sobre las islas; pero que no contaba como dato conocido en los planteamientos de la opinión pública española durante el verano del 98. De todas maneras, la diplomacia española tuvo noticia, en agosto, de la existencia de una *Adrar Concessions Corporation Limited*, “cuyo prospecto cita públicamente la posibilidad y aún la probabilidad de la ocupación de las islas Canarias por británicos o norteamericanos con el fin de atraerse a los accionistas”.⁴⁴

En noviembre, “en los centros oficiales predominaban impresiones pesimistas acerca de la crítica situación de nuestro destacamento de Infantería de Marina” destacado en Río de Oro frente a la actitud hostil de los indígenas.⁴⁵ Hacia finales de año, y coincidiendo con contactos hispano-alemanes encaminados a la venta de los archipiélagos del Pacífico, llegan a *La Época* noticias de París, según las cuales,

Aunque los periódicos alemanes desmienten que el gobierno de Berlín haya comprado la isla de Fernando Poo, se dice que aquél tiene

⁴³ *Ibid.*, doc. n° 257. Geoffray, Encargado de Negocios de Francia en Londres a Delcassé, ministro francés de Asuntos Extranjeros, Londres, 13 de julio de 1898.

⁴⁴ AHN E Leg. 8663; Almodóvar a Rascón, 28 de octubre de 1898. Véase también, en el mismo legajo, del mismo al mismo, cartas de 12 de septiembre y de 2 de octubre.

⁴⁵ *La Época*, Madrid, 4 de noviembre de 1898.

el propósito de proponer a España la adquisición de dicha isla, así como la de las demás posesiones españolas en el golfo de Guinea.⁴⁶

El rumor se justifica por la proximidad, en el continente africano, del territorio alemán de Camerún; por lo demás, los proyectos alemanes relativos a la isla mencionada no fueron mera fantasía periodística.⁴⁷

* * *

En cuanto al área del mar de Alborán, entre el Estrecho y las Baleares, había sido objeto meses antes, durante la primavera, de una serie de noticias y de rumores evidentemente relacionados con un intento de aproximación de España a la alianza franco-rusa, mantenido en el más riguroso secreto diplomático pero del que algo dejan traslucir determinadas noticias de prensa, y del cual no poseemos todavía un conocimiento preciso. A finales de mayo, la prensa se hace eco de unas negociaciones entre León y Castillo⁴⁸ y Hanotaux que preveían la cesión a Francia de Melilla y Ceuta, más un punto de aprovisionamiento en las costas andaluzas, a cambio de su apoyo financiero y diplomático durante la guerra hispano-norteamericana.⁴⁹ Algunas semanas antes, el embajador británico en Madrid, Sir Henry Drummond-Wolff había informado a la Reina Regente María Cristina de que “el gobierno británico sabía de fuente fidedigna que entre Rusia y Francia se había firmado un acuerdo secreto, según el cual Rusia tenía planeado ocupar

48

⁴⁶ *La Época*, Madrid, 21 de diciembre de 1898.

⁴⁷ Langer, *op. cit.*, p. 519.

⁴⁸ Fernando de León y Castillo. Embajador español en París. Desempeñó este cargo en varias ocasiones, por lo que se le puede considerar un experto en las relaciones franco-españolas. Véase Víctor Morales Lezcano, *León y Castillo, embajador (1887-1918). Un estudio sobre la política exterior de España*, 1975, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria (RFE).

⁴⁹ Noticias obviamente relacionadas con la situación a que hace referencia el telegrama circular del Ministerio francés de Asuntos Extranjeros a los embajadores franceses en Londres, San Petersburgo, Roma, Viena y Washington, fecha de París, 29 de mayo de 1898, mencionada en la nota n° 33 de este artículo.

Baleares, y Francia Ceuta”;⁵⁰ un telegrama del mismo embajador británico a su gobierno, de fecha 23 de mayo, había informado a este último de que en España “se desconfía[ba] de lo que pueda suceder con Ceuta y con las islas Canarias”, y ello mientras “en Francia se empez[aba] a recelar de la actitud de Gran Bretaña hacia España”⁵¹... A comienzos de junio, *The Daily News* dice saber de buena fuente, y *La Época* transmite la información, “que Alemania ha pedido a España que le ceda en arriendo, a cambio de otras compensaciones, una estación naval en las islas Baleares”.⁵²

En medio de estas perspectivas, cuando se diría que no hay pulgada de territorio español situado allende el perímetro peninsular cuyo destino no haya sido puesto en tela de juicio o en rumor de transferencia, estalla silenciosamente –con muy sobria repercusión en la prensa, con intensa emoción e incertidumbre en los medios diplomáticos españoles– la cuestión planteada por Gran Bretaña acerca de las fortificaciones españolas próximas a Gibraltar, tema éste al que me he referido detenidamente en otra ocasión.⁵³ Ante las apremiantes exigencias británicas a que dará lugar la cuestión gibraltareña a partir de agosto, el conde Víctor Dubski –embajador de Austria-Hungría en Madrid– se manifestara partidario de que España afronte, si fuera necesario, la guerra con Gran Bretaña, organizando la resistencia en el interior –donde ‘todavía sigue siendo invencible’– y dando por perdidas las islas adyacentes, pérdida inevitable que “podría ser compensada con la anexión voluntaria o por la fuerza, del reino portugués”.⁵⁴ Que

⁵⁰ Schewitsh, embajador ruso en Madrid al conde Nikolajewitsch, Madrid, 4/16 de mayo de 1898, *apud*, V. A. Wroblewski, “Der English-Spanische Konflikt von 1898”, *Berliner Monatshefte*, vol. XVI, abril de 1938, p. 341-59.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *La Época*, Madrid, 11 de junio de 1898.

⁵³ José María Jover, “Gibraltar en la crisis internacional del 98”, en *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, 1976, Madrid, Turner, p. 431-88.

⁵⁴ Se refiere a esta opinión del embajador austriaco su colega ruso Schewitsh, en carta a Nikolajewitsch, Madrid, 3/15 de agosto de 1898, Wroblewski, *ref. cit.* Véase Jover, *ref. cit.*, p. 446.

semejante arbitrio pudiera tener cabida en la mente de un diplomático experimentado, dotado, al parecer, de cierto ascendiente moral cerca de la Regente, termina de ilustrarnos acerca de la radical incertidumbre con que aparecían los destinos de la monarquía española, en cuanto entidad territorial, en el vórtice de la crisis del 98.

En efecto, el proceso de redistribución del 98 es algo más que una realidad jurídica, consecuencia estricta de una derrota, llamada a encontrar su configuración precisa en unos tratados. El proceso de redistribución del año mencionado hubo de comportar para España, además de unas enajenaciones concretas de soberanía, una coyuntura de tremenda desorientación internacional en la que nadie sabe, como anticipé antes, donde estarán los límites de un proceso, inaudito desde 1825, de desintegración territorial.

7. El problema de la garantía: de Gibraltar a Cartagena

Volvamos al esquema de partida: ultimátum, reparto, garantía. El desarrollo global de la crisis del 98 –incluyendo en ella el enfrentamiento franco-británico por la cuestión de Fashoda, enfrentamiento resuelto, como es sabido, en beneficio y de acuerdo con los designios de Gran Bretaña– había venido a dar a esta última potencia una posición de indisputada hegemonía en la región del Estrecho. Como es sabido también, había sido la posibilidad de que un apoyo franco-ruso a las reservas y reticencias españolas viniese a poner en riesgo la seguridad de Gibraltar, la principal preocupación que había cabido a Gran Bretaña, durante la crisis mencionada, en relación con la defensa de sus intereses en el Estrecho.⁵⁵ Todo ello nos ayuda a comprender que sea Gran Bretaña, al hilo de la tramitación de la crisis gibraltareña –tramitación en la que, por cierto, no faltará la presencia de algo muy parecido a un ultimátum–,⁵⁶ la que proponga a España un tratado de

⁵⁵ Bécker, *op. cit.*, vol. III, p. 934.

⁵⁶ Jover, *ref. cit.*, p. 448 y s.

garantía destinado, por una parte, a bloquear el proceso de redistribución; por otra, a garantizar la seguridad de Gibraltar en el marco de una plena incorporación de España al sistema de seguridad británico. El aludido *Proyecto de Acuerdo sugerido por la Embajada Británica*⁵⁷ fue comunicado al gobierno español del 19 al 20 de noviembre de 1898, y se basa en los siguientes puntos:

- Establecimiento de una “amistad perpetua entre el Reino Unido y España” (artículo 1).
- Compromiso, por parte de España, de no alinearse, en caso de guerra, con los enemigos de S.M. Británica, proporcionando en cambio en tal supuesto, al gobierno y al pueblo británicos, “toda la ayuda que pueda y esté en su poder” (artículo 2). Compromiso, por parte de España, de permitir, en caso de guerra, “que el gobierno británico aliste, a sus expensas, súbditos españoles para servir como soldados en el Ejército británico” (artículo 4).
- En relación con la seguridad de Gibraltar, compromiso, por parte del gobierno español, de “defender Gibraltar contra todo ataque de tierra”; de “no construir ni permitir que se construyan fortificaciones o baterías” en un radio de siete millas geográficas a partir del castillo moro de Gibraltar (artículo 3).
- Compromiso, por parte de Gran Bretaña, de “prestar asistencia en tiempo de guerra al gobierno español” sobre la base de dos supuestos concretos:
 - a) “Impedir que fuerzas enemigas desembarquen en la Bahía de Algeciras o en la costa dentro del alcance de un tiro de cañón de Gibraltar, tal como se ha definido en el artículo 3.
 - b) Se compromete a defender, en nombre de España, las islas Baleares y las Canarias” (artículo 5).

⁵⁷ Ministerio de Asuntos Exteriores. España, *Documentos sobre Gibraltar presentados a las Cortes Españolas por el ministro de Asuntos Exteriores*, 1966, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, p. 258-59. Cfr. Gooch y Temperley, *op. cit.*, vol. VII (nota de los editores que encabeza el cap. I). Sobre el referido Proyecto de Acuerdo, véase Jover, *ref. cit.*, p. 461-65, y especialmente nota n° 46.

En presencia de este proyecto de Tratado, creo que no es exagerado referirse a un intento de ‘portugalización’ de España, en la medida en que el mismo preludía, dentro de ciertos límites, la significación que, once meses después corresponderá a la *Declaración secreta anglo-portuguesa*, más conocida como Tratado de Windsor. En efecto, es evidente el intento de encuadramiento de España y de su potencial estratégico en la esfera de intereses exclusivos de Gran Bretaña; también es notable, aunque en un plano más concreto y secundario, la referencia al conflicto surafricano que parece sugerir las previsiones del artículo 4 permitiendo al gobierno británico el alistamiento militar de ciudadanos españoles. Pero después de hacer constar la semejanza de fondo que, como es lógico, existe entre ambos ‘tratados de garantía’, hay que apresurarse a señalar las diferencias específicas del proyecto español. En primer lugar, no establece una alianza, sino una ‘amistad perpetua’. En segundo lugar, la garantía que presta aparece muy circunscrita territorialmente, centrándose sobre la islas Baleares y las islas Canarias; ya que, en lo que se refiere a la bahía de Algeciras o a la costa cercana a Gibraltar, Gran Bretaña no hace sino subrogar una defensa que los términos mismos del proyecto de Acuerdo (artículo 3) impiden a España ejercer directamente. Seguridad de las Baleares y de las Canarias a cambio de una plena colaboración española en la seguridad de Gibraltar: tal se diría que es, en última instancia, la clave del proyecto. En tercer lugar, las obligaciones de España en caso de conflicto de Gran Bretaña contra tercero aparecen también limitadas a una neutralidad benévola; si bien el tenor literal del artículo 2 (en relación con el artículo 4) parece encaminado a no dejar muy precisos los límites entre neutralidad y beligerancia más o menos manifiesta. Obsérvese, en todo caso, la ausencia de reciprocidad para tales previsiones, lo cual viene a calificar el carácter global de dependencia política de uno de los presuntos firmantes –España– con respecto al otro: Gran Bretaña. En fin, la diferencia más profunda entre ambos tratados de garantía –el nonato con España y el suscrito con Portugal– consiste, sin duda, en la distinta consideración que para el garante merecen los conjuntos territoriales garantizados en uno y en otro caso. En el caso

portugués, la línea del ecuador viene a ser el *limes* que separa la parte ‘no repartible’ del imperio portugués (es decir, la correspondiente al Atlántico norte, demasiado cercana a Europa y a la región del Estrecho como para permitir la instalación en ella de una potencia ajena), de las posesiones que la Convención de agosto del 98 había definido como repartibles: Angola, Mozambique, Timor. Ya conocemos la ambigüedad de la garantía prestada a la soberanía portuguesa sobre estas últimas, así como la consideración diplomática –tierras susceptibles de ulterior redistribución– prestada a las mismas. Sin embargo, en el caso español la garantía británica afecta de manera exclusiva a unos archipiélagos –las Baleares y las Canarias– que en ningún caso estaría dispuesta Gran Bretaña a permitir que pasaran a manos de una tercera potencia, precisamente en razón de su colocación a uno y otro flanco del área del Estrecho. No hay, pues, tras el proyecto de Acuerdo de noviembre del 98 expectativa alguna de reparto. Más bien es preciso ver en el mismo un intento de dar por formalmente clausurado, en lo que se refiere a la región del Estrecho, el proceso de redistribución abierto desde la primavera del mismo año 1898.

* * *

53

La historia subsiguiente es conocida, y no tiene por qué ser referida aquí.⁵⁸ El gobierno español –entre temores, dilaciones y palabras de apaciguamiento, porque la situación internacional, en plena tramitación del Tratado de París, seguía siendo crítica– rehusará secundar la iniciativa británica, aferrándose a una fórmula de plena neutralidad, que el gobierno británico tendrá por insatisfactoria. Ahora bien, la apertura de la ‘cuestión marroquí’, que subsigue de cerca a la crisis del 98 como una nueva etapa en el proceso de reparto del mundo, prestará ocasión para un entendimiento hispano-británico sobre nuevas bases. Mediante su laboriosa adhesión a la *Declaración relativa a Egipto y Marruecos* que constituye la parte esencial del Acuerdo franco-británico de 8 de

⁵⁸ Jover, *ref. cit.*, p. 465-88.

abril de 1904 (*Entente Cordiale*), España entra de lleno en un sistema que no es, ya, exclusivamente británico, sino anglo-francés.⁵⁹ Mediante las notas intercambiadas entre los Gobiernos británico, francés y español, en 16 de mayo de 1907, tras los Acuerdos de Cartagena, España recibe una garantía conjunta –no plenamente formal, pero sí real– de que serán conservados “intactos los derechos de la Corona española sobre sus posesiones insulares y marítimas” situadas “en el Mediterráneo y en la parte del Atlántico que baña las costas de Europa y de África”.⁶⁰ España clausuraba definitivamente las consecuencias del proceso de redistribución, y ello en un marco adecuado a las que habían sido sus más arraigadas tradiciones diplomáticas desde la Cuádruple Alianza de 1834: “Cuando Francia y Gran Bretaña marchen de acuerdo, unirse a ellas; cuando no, abstenerse.”

Por otra parte, el hecho de que esta integración en el ámbito de la *Entente* fuera hecha en términos tales que permitieran la adopción de una política de Neutralidad ante la gran guerra de 1914-1918, termina de calificar cuánto de positivo para España hubo en los mencionados Acuerdos de 1907. Ello no debe hacernos olvidar, empero, el elevado precio pagado por España como consecuencia de aquella integración. Me refiero al compromiso de participación en el reparto de Marruecos, onerosa y sangrienta carga lanzada sobre los hombros del pueblo español, caja de Pandora plena de imprevisibles consecuencias.

8. Conclusión

Las páginas que anteceden constituyen un intento de integrar la experiencia político-internacional vivida por España en el 98, dentro de sus auténticas coordenadas mundiales. Este intento ha comportado,

⁵⁹ Véase el artículo 8 de la expresada “Declaración relativa a Egipto y Marruecos”, así como el artículo 3 de la “Declaración secreta” que sigue a la misma. Véase también la “Declaración y convenio hispano-franceses relativos a Marruecos”, París, 3 de octubre de 1904.

⁶⁰ Véase el texto de las Notas intercambiadas recíprocamente por los gobiernos británico, francés y español –en Londres y París respectivamente– con fecha 16 de mayo de 1907 en Rosas Ledezma, *op. cit.*

necesaria y simultáneamente, otro de más amplio alcance: el de definir los caracteres que la coyuntura mundial 1898 tiene en la trayectoria del imperialismo, utilizando al respecto no sólo la experiencia histórica aportada por el quehacer de las grandes potencias, sino también la experiencia histórica aportada por dos pequeñas potencias, dueñas de sendos imperios coloniales: España y Portugal. El resultado han sido algunas conclusiones, que espero sean contrastadas por trabajos y discusiones ulteriores.

En primer lugar, la coyuntura internacional 1898 parece definida, básicamente, por la contradicción entre unos impulsos imperialistas en pleno ascenso, y la existencia de unos límites circunstanciales que bloquean la expansión ininterrumpida de los mismos. Ello conduce a una situación de redistribución colonial, parcialmente suscitada por la puesta en cuestión de la integridad territorial del imperio colonial español como consecuencia de la guerra hispano-norteamericana. Tal situación viene caracterizada por la revisión profunda del principio de 'igualdad ante la colonización', teóricamente reconocido en la Conferencia de Berlín a todas las potencias europeas. Esta situación de redistribución colonial precede en dieciséis años al estallido de la primera guerra mundial, cuyo desenlace dará lugar a un nuevo y más amplio proceso de redistribución, a costa entonces del imperio alemán y de la desintegración territorial del antiguo imperio turco.

En segundo lugar, cabe señalar que la situación apuntada, en cuanto etapa bien definida en el proceso histórico del imperialismo, manifiesta una teoría y una praxis específicas en el tratamiento de las relaciones internacionales. La teoría se fundamenta en un darwinismo político, que se inscribe en el marco de las ideologías justificativas del imperialismo y que, en la coyuntura de 1898, tendrá en Salisbury uno de sus más significados formuladores. En cuanto a la práctica diplomática, se centra en la manera de utilización de tres instrumentos clásicos: el ultimátum, el acuerdo de reparto y el tratado de garantía; también podría ser señalada aquí la tendencia a paliar cesiones territoriales impuestas, mediante la entrega –por vía de precio, de

indemnización, de compensación o de soborno— de una determinada cantidad de dinero.

En tercer lugar, se presenta la situación de redistribución apuntada como auténtico contexto histórico del desastre colonial español del 98. Y ello no sólo en lo que se refiere a las pérdidas territoriales efectivamente padecidas por la monarquía española sino también en cuanto se refiere a la presencia, en el año mencionado, de un determinado clima de psicología colectiva no enteramente coincidente con el tan repetido ‘pesimismo’, más bien un sentimiento de ‘riesgo indefinido’ que resulta, en la opinión pública, de la práctica de una diplomacia secreta, y de la incertidumbre de los límites reales que encontrará el proceso de redistribución vivido como contemporáneo.

En fin, la misma estructura de las relaciones internacionales —en una etapa en que no se contempla ni se desea la posibilidad de confrontación entre las grandes potencias imperialistas, en una coyuntura definida por la crisis de las alianzas tradicionales— plantea la necesidad de una ‘garantía’ que ponga límites jurídicos y de poder al proceso de redistribución. Necesidad sentida tanto por Gran Bretaña —deseosa de precisar y afianzar los límites de su dominio y de su influencia—, como por España y Portugal. En esta necesidad, así como en los intereses y en las expectativas españolas en Marruecos, hay que buscar las raíces de la integración de España en el sistema de la *Entente* franco-británica de 1904; serán, sin embargo, los Acuerdos subsiguientes a las entrevistas de Cartagena (1907) los que presten una real garantía conjunta franco-británica al *status* territorial de la región del Estrecho. En cuanto a Portugal, el llamado Tratado de Windsor (1899), que renovará formalmente la secular alianza y garantía británicas, será de hecho compatible con el mantenimiento de una situación de expectativa de redistribución para las colonias portuguesas del Sur del ecuador; por lo que respecta al Portugal metropolitano y a los archipiélagos portugueses del Atlántico Norte, la garantía debe entenderse como una plena y exclusiva inserción en la esfera de intereses estratégicos propios de Gran Bretaña.